

BARATERÍA ESPACIAL

CLARK CARRADOS

Baratería espacial

Colección ESPACIO

Baratería espacial

por

Clark Carrados



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51 - 53
BARCELONA

Depósito legal B12.915 - 1960

Núm. De Registro: 4.391- 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por EDICIONES TORAY, S. A. – Arnaldo de Oms, 51- 53, Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



OS megáfonos de la nave difundieron el sonido del claxon de alarma, que dio tres toques rápidos y seguidos, lo cual puso inmediatamente sobre aviso a los ochenta y tres tripulantes y a los doscientos sesenta y dos pasajeros de la «Alma Keagley», astronave de la espaciolínea Tierra-Saturno.

Trescientos cuarenta y cinco rostros se volvieron instantáneamente sobre el altavoz que cada uno tenía más próximo.

—¡Atención, atención! Habla el capitán de la nave. Señoras, señores, lamento infinito lo que voy a decirles, pero lo hago por el propio bien de ustedes. El ingeniero de máquinas ha descubierto una fisura en uno de los reactores, que ha provocado una inestabilidad en la masa crítica de la materia fisionable, de la que se nutre la pila del citado reactor. Es bien patente, pues, el peligro de una explosión nuclear, por lo que, careciéndose de medios para repararlos en el espacio, resulta preciso abandonar la nave con la mayor rapidez posible.

Después de las anteriores palabras, hubo un momento de silencioso estupor, como si nadie quisiera creer en las manifestaciones del comandante de la astronave. ¡Abandonar el barco espacial a cientos de millones de kilómetros del lugar habitado más próximo! ¿No resultaba una locura mucho peor que mantenerse a bordo y ver de reparar por todos los medios posibles la pila averiada?

Pareció como si el capitán de la «Alma Keagley» hubiese adivinado los pensamientos que bullían en los cerebros de los pasajeros y tripulantes, pues seguidamente les dijo:

—Ninguno de ustedes debe sentir el menor temor en saltar al espacio, señoras y señores. Nos hallamos en una de las órbitas más concurridas y, según cálculos efectuados por el astrogador jefe, dentro de trece horas y diecisiete minutos, pasará por nuestra misma órbita la astronave «Alcántara», de la Mala Real Inglesa. La manda el capitán Johnson, competente astronauta, a quién hemos enviado un mensaje comunicándole la situación tan comprometida en que nos encontramos. El capitán Johnson acusó recibo del espaciograma y nos participó haber dado orden de avanzar a toda máquina hacia nosotros.

El comandante de la «Alma Keagley» hizo una breve pausa.

—Es, pues, de todo punto imperativo, que los pasajeros sigan al pie de la letra las instrucciones que se les impartieron verbalmente y por escrito al emprender el viaje. Cada uno de los pasajeros irá en el acto a su camarote y se proveerá de la burbuja de salvamento, *quedándole estrictamente prohibido llevar encima otra cosa que no sea lo que lleva puesto en este momento.* Ni un solo gramo de equipaje, documentos, joyas o cualquier otro objeto personal podrá ser llevado al espacio so pena de pérdida de la propia vida. Señoras, caballeros, les ruego a ustedes obedezcan estrictamente las instrucciones de los oficiales y tripulantes de la nave, los cuales ya tienen órdenes mías acerca de lo que se debe hacer.

El capitán volvió a hacer una pausa, la última:

—Sobre todo —dijo—, les recomiendo una cosa: orden y serenidad. Con orden y serenidad se salvarán todos sin que ocurran desgracias personales. Cualquiera de ustedes que pierda el dominio de sí mismo e intente obrar por su cuenta, atropellando los indiscutibles derechos de los demás, pone al resto de la tripulación y el pasaje en un gravísimo riesgo, sin contar al que puede correr él mismo. Y respecto a esto, mis tripulantes tienen órdenes tajantes, que harán cumplir al pie de la letra, por todos los medios. Señoras, señores, vayan a sus camarotes y provéanse de sus burbujas de salvamento y acérquense a la esclusa que ya tienen señalada de antemano. Dentro de quince minutos empezará el lanzamiento al espacio y dentro de otros quince, la nave deberá haber sido abandonada totalmente. Eso es todo... y que el Señor nos proteja a todos. Terminado.

Era un espectáculo curioso ver salir a los náufragos de la «Alma Keagley» por las esclusas de la nave que se abandonaba. Parecía como si algún niño gigante se entretuviese en lanzar al espacio colosales pompas de jabón, que brillaban con irisados colores al recibir la luz del lejano Sol situado a unos mil quinientos millones de kilómetros de distancia.

Poco a poco, el espacio vecino a la nave se fue llenando de burbujas, que quedaban en sus inmediaciones como una estela de nuevo género, la cual se iba rezagando lentísimamente con respecto a la astronave, hasta que al fin todo el mundo estuvo fuera de la misma.

Entonces los chorros laterales de babor, que estaban intactos, entraron en funcionamiento arrojando una serie de llamaradas que rugieron

silenciosamente en el eterno vacío del espacio.

Primero lentamente, después con más velocidad, la astronave se fue alejando de los náufragos, al mismo tiempo que viraba hacia babor, saliéndose así de la ruta, con el fin de no dejar ningún resto al estallar que pudiera causar desgracias a otras astronaves que siguieran más tarde el mismo camino.

La astronave fue disminuyendo de tamaño hasta perderse totalmente de vista. Pasó media hora.

Súbitamente, una gran llamarada rasgó por unos segundos la obscuridad del espacio. Rayos de todos los colores, especialmente azules, salieron disparados en todas direcciones, componiendo durante un tiempo brevísimo una fantástica rueda de fuegos de artificio, que estalló en el mayor de los silencios. Después, las tinieblas volvieron a adueñarse del vacío.

* * *

El honorable Sir Alfred Morhington, Caballero de la Orden del Imperio Británico, tenía un documento en su mano. Lo leía a una asamblea que se hallaba sentada en torno a una gran mesa de forma circular y que se hallaba compuesta por una docena de hombres, todos de mediana edad, salvo uno o dos de ellos, que parecían más jóvenes, vestidos atildadamente y frente a cada uno de los cuales se veía una cartera portafolios.

—Caballeros, los hechos son éstos —decía Sir Alfred—. El 16 de septiembre de 2143 la astronave «Cardenal de Richelieu» estalló en el espacio, perdiéndose totalmente. La tripulación y los pasajeros pudieron ser salvados.

»Tres meses más tarde, es decir, el 18 de diciembre, la astronave «Davison» corrió la misma suerte. También, por fortuna, fueron puestos a salvo el pasaje y la tripulación.

»Lo mismo ocurrió, en el período de dos años a partir de la última fecha, esto es, durante todo los dos anteriores, con las naves «Aquiles», «Isabella of Spain», «Venezia», «Baracoa», «Kenya», «City of Liverpool» y «City of Sidney». En todas ellas, la pérdida fue absoluta, excepto en la «Kenya», en que se perdieron cuerpos y bienes. El estallido de la pila nuclear, mejor dicho, de una de las varias que componían la maquinaria de la nave, fue tan imprevisto que no hubo tiempo de prevenirse contra la explosión y así se perdieron cuatrocientas doce vidas, de las cuales ciento dos eran tripulantes.

Sir Alfred se quitó las gafas y dejó el documento sobre la masa. Paseó su mirada en torno a la concurrencia.

—No hay duda, pues, caballeros, de que nuestra compañía, el viejo Lloyd's, está enfrentándose con una situación gravísima, como pocas veces le ha sucedido en su historia. En el corto espacio de dos años se han perdido nueve astronaves, todas las cuales estaban aseguradas en nuestra entidad, por lo que nos hemos visto obligados a hacer una serie de pagos considerables en concepto de indemnizaciones que han ascendido a... —tomó otro documento de su carpeta y lo consultó—, a catorce mil ochocientos millones de libras

esterlinas, en cifras redondas.

—El fondo de indemnizaciones es fuerte, Sir Alfred —dijo uno de los concurrentes, hombre de tipo sanguíneo y robusto.

—No lo dudo, señor Alpert —contestó el aludido—. El fondo de indemnizaciones es fuerte y puede hacer frente a esos compromisos y muchos más. Cien naves volarían ahora, pagaríamos sus respectivos seguros y el Lloyd's continuaría incólume. Eso no es lo que me preocupa por ahora, me refiero al pasado y a este presente, sino el futuro de nuestra entidad.

Alguien levantó la mano. Era un hombre de unos sesenta y tantos años, moreno y de rostro enérgico.

—Diga, señor Macpherson —murmuró Sir Alfred cortésmente.

—Desearía que se nos aclarase mejor lo que acabamos de oír, Sir Alfred. ¿Por qué dice que le preocupa el futuro del Lloyd's?

El aludido explicó:

—Muy sencillo. Piense usted por un momento en lo que supondría que continuasen las explosiones de naves comerciales en el espacio. «Todas» las que se han perdido estaban aseguradas en nuestra entidad.

»Y esto lo sabe perfectamente el público. Me refiero al público especializado: armadores, comerciantes, pilotos, comandantes de astronave, etcétera. Pero no tardará en ser cosa del dominio común, aunque las noticias se hayan aireado cumplidamente por los medios actuales de difusión: radio, prensa y T.V.

»Sin embargo, los únicos que en el momento actual están en condiciones de establecer una cierta conexión entre nosotros y los siniestros espaciales, son los profesionales que ya he citado anteriormente. Pero éstos no son mudos: hablan con sus amigos y éstos con otros amigos. Pronto se extenderá la noticia de que las únicas naves que estallan son las aseguradas en el Lloyd's, salvo rarísimas coincidencias, que no se han producido en el espacio de tiempo que cité anteriormente.

—Efectivamente —dijo otro de los concurrentes, Ephraim Munro—, es una situación difícil para nosotros. Supongo, Sir Alfred, que lo que usted quiere decir es que si continúan los siniestros, la gente se mostrará reacia a asegurar sus naves en nuestra entidad, y no sólo eso, sino que, además, empezarán a cancelar sus contratos de seguro en el momento que vayan venciendo, sin querer prorrogarlos.

—Eso es justamente lo que yo quería manifestar a la distinguida concurrencia —dijo Sir Alfred—. Gracias por haberme adivinado los pensamientos, señor Munro. Si las cosas suceden como usted ha dicho, nuestra situación, además de muy difícil, se hará desairadísima.

—Bien —declaró Alpert—, pero no veo cómo oponernos a estos desastres. Siempre los ha habido y siempre los habrá. Es tiempos de la navegación marítima...

—No olvidemos —dijo suavemente Sir Alfred—, que a pesar de los

adelantos del siglo en que vivimos, la navegación marítima continúa siendo esencial para nuestra civilización. Pero en ella no han sucedido tantos desastres últimamente, ni en ninguna de sus peores épocas, como se han producido en los últimos años. Y volvamos a recordar que todas las naves siniestradas estaban aseguradas en el Lloyd's.

—Estoy por decir —murmuró pensativamente uno de los concurrentes—, que lo que usted trata de expresar es que hay una mano criminal que ha originado los mencionados accidentes, Sir Alfred.

El aludido, miró fijamente al que acababa de hablar.

Dijo:

—Ciertamente, Lord Horwan. Lo ocurrido no puede tener otra explicación que la que usted acaba de mencionar.

—Entonces, tendríamos que dar cuenta a Scotland Yard —exclamó Alpert.

—Si lo hiciésemos así, lo cosa se haría ya demasiado pública y notoria, más de lo que ya lo es, y esto sólo podría perjudicarnos ostensiblemente.

—Entonces...

Sir Alfred se acarició pensativamente la mandíbula.

—Señores, en mi opinión, nos encontramos ante un claro y positivo caso de baratería con el cual es preciso terminar de modo rotundo y tajante.

Hubo un sobresalto general.

—¡Cómo! ¿Baratería? —fue la exclamación que brotó de modo unánime de casi todos los labios.

Sir Alfred afirmó:

—Así es, caballeros. Baratería... delito que, como todos ustedes saben, consiste en arruinar o destruir la propia nave, marítima, aérea o espacial y aún terrestre, como un automóvil o ferrocarril, simulando un accidente, con el fin de percibir la prima concertada por el seguro de la nave y su carga.

—Eso —dijo de repente alguien que hasta entonces había permanecido silencioso— implicaría la existencia de una poderosa organización criminal, entregada de lleno al delito de la baratería.

Todos se volvieron para, mirar al que acababa de hablar, un joven de unos treinta y dos o treinta y tres años, de aspecto tímido, con unas gafas de anticuada montura de concha negra. Parecía inteligente e indudablemente lo era por haber llegado tan joven al consejo directivo del Lloyd's, pero en ningún modo sugería la idea hombre de lucha y acción directa y física. Atendía por el nombre de Algernon —Algy para los amigos— Beashon.

El joven se enderezó en su asiento.

—Coincido en un todo, con las apreciaciones de nuestro honorable presidente Sir Alfred. Permítanme que añada, por mi parte, que si lo que ocurre es cierto, la cosa ha tenido que ser ejecutada por alguien al servicio de, como ya he dicho, una organización criminal.

Hubo una serie de exclamaciones interjecciones —«¡Imposible! ¡Absurdo! ¡En el siglo en que vivimos! ¡No estamos en la época de los piratas...! ¡Nos

hallamos en pleno siglo XXI señor Beashon?»—, pero el macillo de plata del presidente, cortó a golpes el pequeño tumulto.

—Señores, señores —dijo Sir Alfred enérgicamente—, démonos cuenta de que somos caballeros, que esto es una reunión entre caballeros y que hemos de comportarnos como tales. El honorable Algernon Beashon tiene tanto derecho, como el que más, a expresar sus opiniones. Y también a mí debe permitírseme decir que estoy en un todo de acuerdo con lo que acaba de manifestar nuestro distinguido colega.

Macpherson saltó en su asiento.

—Pero eso... eso sería...

—Justamente lo que usted iba a decir, señor Macpherson —le interrumpió cortésmente el presidente—. No pueden arruinarse nueve astronaves, todas de la misma forma, sin que una mano criminal haya intervenido en ellas.

—Los capitanes eran personas dignas y honradas —saltó Munro.

—Mientras no se demuestre lo contrario —dijo Algy flemáticamente.

—¿Cómo? ¿Duda usted de ellos?

—De ellos... o de cualquier otro miembro de la tripulación. No es preciso ser el capitán para provocar el siniestro. Por otra parte, sería demasiada coincidencia sobornar a los nueve capitanes. Muchos de ellos estrangularían con sus propias manos al osado que les propusiese destruir su nave. Sin embargo, es evidente que alguno de ellos puede haber cedido.

—Y entonces, las explosiones producidas en las otras naves habrán sido originadas por cualquier otro miembro de la tripulación —sugirió Lord Horwan.

—Bien pudiera haber ocurrido como Su Señoría ha dicho —contestó el joven, que parecía haber tomado la iniciativa ahora.

Sir Alfred dijo:

—Quizá usted podría sugerirnos algún modo de actuar, señor Beashon.

El aludido miró al presidente.

—Estoy seguro de adivinar el pensamiento de Sir Alfred. Si es cierto que nos hallamos ante una serie de delitos de baratería, es preciso reconocer una concatenación común en todos ellos. Por lo tanto, han sido ejecutados por una banda organizada criminalmente, con ánimo de aprovecharse de las pingües sumas que nuestra empresa ha debido pagar como indemnización.

—La policía... —dijo uno de los concurrentes.

Algy meneó la cabeza.

—No —contestó con firmeza—. Sir Alfred lo ha expresado claramente. Cuanta menos publicidad, mejor. Es el Lloyd´s quien debe atrapar a esos barateros. Si la noticia se hiciera pública, suspenderían sus actividades en el acto.

—Eso es lo que estamos tratando de conseguir —barbotó Alpert.

—Pero entonces no podríamos atraparlos ni tampoco recuperar las sumas pagadas. Recuerden, caballeros: son catorce mil ochocientos millones de

esterlinas. No es un billete de una o cinco libras, sino una suma muchísimo más elevada. ¿Dónde está? ¿Quién la tiene? ¿En qué la ha empleado?

—En tal caso —terció Munro—, no nos queda otro remedio que contratar un detective particular, a fin de que investigue discretamente.

—Eso mismo es lo que yo iba a proponer a la asamblea —dijo Sir Alfred.

—¿Tiene usted algún candidato? —preguntó otro de los asistentes.

—No, por ahora. Esperaba someter el asunto a la consideración y posterior aprobación de la concurrencia, aceptando de buena gana todos los consejos y sugerencias que quieran emitirse.

—Yo tengo un candidato —dijo Algy, atrayendo de nuevo la atención sobre sí.

—¿Quién? ¡Su nombre! —exclamaron al unísono varias voces.

Algy sonrió levemente, en tanto tabaleaba con la contera del lápiz sobre la carpeta que tenía frente a sí.

—Yo mismo —dijo al cabo de unos segundos.

Hubo unos momentos de intenso silencio. Después se produjo la explosión que fue cortada por la entrada inesperada de un empleado que, caminando de puntillas, llevó un mensaje escrito a Sir Alfred.

Éste se caló las gafas y leyó el documento.

Apenas lo había hecho, una enorme palidez invadió su semblante.

Levantó el mazo e impuso silencio una vez más.

—Señores —dijo, mirando uno por uno todos los rostros—, tengo nuevas y graves noticias que comunicarles.

—Otra nave destruida, ¿verdad? —dijo Algy con una sonrisita.

—Lo ha adivinado, señor Beashon. Esta vez se trata de la «Alma Keagley», perdida totalmente. El valor de la nave y de la carga se eleva a mil novecientos setenta millones de libras esterlinas, con lo que el importe de nuestras pérdidas por baratería, hasta el momento, asciende a dieciséis mil setecientos setenta millones —hizo una corta pausa—. Se salvaron los pasajeros a excepción de dos o tres, cuyas burbujas fueron perforadas por sendos meteoritos. El resto fue recogido, todos sanos y salvos, por la astronave «Alcántara» de la Mala Real Inglesa o «Royal Mail» como quieran llamarla.

Algy se puso en pie.

—Bien —dijo, sonriendo con cierta timidez—, después de lo ocurrido, supongo que nadie querrá desaprobar mi nombramiento como agente especial y muy secreto del Lloyd's, ¿verdad?

Nadie contestó al requerimiento. Entonces, Algy se puso en pie y empezó a recoger los papeles que colocó en su cartera.

—Caballeros —dijo—, en vista de que no hay oposición a mis propósitos, les diré que, previendo más o menos lo que iba a suceder, me permití adquirir un pasaje para la astronave «Megacosmic», que parte el próximo martes con dirección a Neptuno.

Se dirigió hacia la puerta y al llegar allí, se detuvo, como asustado de su propia audacia.

—Ah, se me olvidaba decir una cosa. El importe de los gastos correrá por mi cuenta. Tengo intereses en una de las explotaciones mineras de Tritón, el satélite de Neptuno y, de todas formas, tenía que hacer el viaje. Es un dinero, pues, que ahorro gustosamente al Lloyd's. ¡Buenos días, señores!

CAPÍTULO II



LGY vivía en las afueras de Londres, en una encantadora casita heredada de sus padres, a la que se trasladaba en su rotóptero particular que e1 mismo conducía. Después de la reunión celebrada en la sala de juntas del Lloyd's, decidió entregarse parcialmente al descanso y a preparar el viaje que emprendería días más tarde.

Cuidaban de la casa un matrimonio de mediana edad, que le hacían las veces de mayordomo y doncella, cuya pareja había entrado al servicio de sus padres veinticinco años atrás y que apreciaban mucho al joven, pues le habían visto crecer desde niño, hasta llegar a la coyuntura actual adquirida por propios méritos. Les dio permiso para que se fueran de paseo, cediéndoles, incluso, su propio vehículo aéreo y después de bañarse y cambiarse de ropa, decidió tomar un pequeño refrigerio.

Se preparó unos cuantos bocadillos y con ellos en una bandeja y una botella de leche, se dirigió al «living».

Cogió el primer bocadillo, pero no tuvo tiempo de llevárselo, a la boca. El timbre de la puerta de entrada acababa de sonar.

—¡Qué fastidio! —murmuró para sí, dejando el bocadillo sobre el plato. Se puso en pie y se encaminó hacia la puerta.

La abrió. Había dos individuos bajo el umbral.

Ambos iban correctamente vestidos y parecían hombres de negocios, a

juzgar por las carteras que llevaban en las manos. Uno de ellos era alto y atlético y parecía ser el jefe. El otro tenía un aspecto insignificante, aspecto que quedaba desvirtuado enseguida, al fijarse uno en sus ojos duros y brillantes como el acero recién pulido.

—¿Señor Beashon? —dijo el atleta—. Mi nombre es Cabrillo, Arthur P. Cabrillo. Éste es el señor Elijah Zeandra.

—Mucho gusto. Pasen ustedes —dijo el joven, echándose a un lado—. Dispénsenme, pero estoy solo en este momento. Han salido mis sirvientes y...

Les condujo hasta el «living» en el que se veía un pequeño bar. Sacó un par de copas.

Algy les preguntó:

—¿Qué desean tomar? Personalmente soy enemigo de los licores, pero no tengo nada que objetar al hecho de que les gusten a otros. ¿«Whisky»? ¿Jerez? ¿Oporto?

Cabrillo sonrió.

—Muy amable, señor Beashon. Jerez para los dos, si hace el favor.

Algy les sirvió las copas, indicándoles serios sillones. Luego se sentó frente a ellos.

—¿Me permiten? Estaba a punto de merendar cuando ustedes llegaron.

—No faltaría más —dijo Cabrillo. Tomó un sorbo del vino y paladeó satisfecho—. Es excelente, señor Beashon.

—Me lo envió un buen amigo español de sus propias viñas. Lástima que ya se me esté acabando. ¿Y bien, señores?

Cabrillo terminó su copa y la dejó en la mesita que tenía al lado. Repantigándose en el asierro, juntó las yemas de sus dedos.

—Señor Beashon, hemos venido a hacerle una oferta comercial en tan ventajosas condiciones —para usted, por supuesto—, que no dudamos ni por un momento que la aceptará incondicionalmente.

—Son ustedes un poco atrevidos al suponer tal cosa, pero... vaya... Sigan, se lo ruego.

—No voy a extenderme con rodeos inútiles, señor Beashon. Sería perder el tiempo y conocemos su fama de hábil negociante que le ha llevado muy joven a ocupar un puesto en el consejo directivo del Lloyd’s. Por lo tanto, lo mejor para todos será ir derechamente al grano.

—Magnífica idea —dijo Algy sin dejar de alimentarse—. ¿De qué se trata?

Cabrillo se inclinó y tomó el portafolio que había dejado a un lado. Lo abrió y extrajo de él unos cuantos pliegos de papel.

—Usted tiene una muy substanciosa participación en la «Tritonian Mining & Trade Company, Inc». Una empresa que, como su nombre indica, se ocupa de la explotación y el comercio de los productos obtenidos en las minas de Tritón, el satélite de Neptuno. Las minas en que usted está interesado producen principalmente titanio y vanadio, metales raros que se emplean en aleaciones con el acero, con objeto de darle una mayor dureza y tenacidad.

¿No es así, señor Beashon?

—Ciertamente, señor Cabrillo —contestó el joven impertérrito.

—Además, la «Tritonian» opera también el «superceram», un material refractario que se extrae solamente en dicho satélite y que sirve para el revestimiento interior de los chorros de las astronaves. El «superceram» es una cerámica especial que resiste fácilmente sin fundirse doce o trece mil grados centígrados de temperatura, cosa muy importante cuando se trata de alcanzar grandes velocidades de eyección de los gases por los chorros.

—Habla como un libro —murmuró Algy.

—Gracias por su opinión. En la mía, señor Beashon, tan importante es su participación en los mencionados metales, raros, como en el «superceram». Nosotros deseamos comprar sus acciones.

Hubo un momento de silencio después de la última frase. Algy suspendió el viaje de la botella de leche, de la mesa a su boca y quedó con el brazo en alto, completamente paralizado.

—¿Quéééé...? —exclamó—. ¿He oído bien, señor Cabrillo?

—Ha oído bien, señor Beashon —contestó el aludido, sin inmutarse—. Deseamos comprarle todas sus participaciones en la «Tritonian» y, suponiendo que usted aceptará, nos hemos traído ya los documentos redactados, con sólo las indispensables líneas en blanco, que se llenarán aquí, en el momento de aceptar la oferta que le proponemos.

Antes de contestar, Algy despachó media botella de leche de un solo trago. Después, limpiándose cuidadosamente los labios con una servilleta de hilo, la dejó sobre la mesa.

Sólo pronunció una sílaba, pero era suficiente:

—No.

Cabrillo se mordió, los labios. Luego dijo:

—Seguramente su negativa, señor Beashon se debe al hecho de que aún no conoce el importe de nuestra oferta económica. Espero que una vez conocida, su opinión habrá de variar radicalmente.

—Su falta de conocimiento acerca de mi psicología es considerable, señor Cabrillo —repuso secamente el joven. Se quitó las gafas, echó el aliento sobre ellas, las limpió cuidadosamente con un pañuelo limpio y volvió a ponérselas —. Cuando digo no, es que no para siempre.

Cabrillo sonrió con aíre de superioridad.

—Discúlpenos, pero antes de venir aquí nos hemos permitido hacer una discreta investigación acerca del valor de sus participaciones en la «Tritonian». Ese valor asciende a... —consultó sus papeles— a diecisiete millones cuatrocientas setenta y seis mil doscientas dos libras esterlinas, con nueve chelines y dos peniques, cotizaciones de la Bolsa del día de hoy.

Algy hizo una mueca.

—Están ustedes muy bien enterados de cuanto me concierne.

—¿No procura usted enterarse también antes de emprender un negocio,

señor Beashon? —dijo Cabrillo, subrayando el significado de sus palabras.

—Ciertamente, pero...

—Aquí traemos un cheque bancario, endosable a su nombre, por la cantidad señalada. Está certificado por el «London & European Bank», una entidad de toda solvencia, como usted sabrá sin duda. Léalo, ¿quiere?

Algy levantó una mano.

—No es necesario, señor Cabrillo. Si no he de aceptar el trato, ¿para qué quiero ver un documento que no ha de ser mío?

—Le ruego medite bien su respuesta, señor Beashon —dijo Cabrillo en tono incisivo—. No todos se la harían, pagando al contado. Recuerde que son más de diecisiete millones y medio de...

—Lo sé perfectamente, pero también, sé que por nada del mundo me desharía de mi participación en la «Tritonian». Lamento infinito sus molestias pero, a excepción del sorbo de jerez que bebieron y del que pueden repetir cuanto quieran, puede decirse claramente que han perdido el tiempo.

Los ojos de Cabrillo chispearon. Volviéndose, cambió unas rápidas palabras en español con su acompañante.

Después miró al joven.

—Mi colega, el señor Zeandra, dice que esa oferta puede aumentarse hasta un diez por ciento, es decir, un millón...

—Gracias; sé cuánto importaría la décima parte de mi participación en la «Tritonian» Pero estoy resuelto a no vender. Y ahora, si no tienen inconveniente...

Algy se puso en pie, como indicando que con ello daba por concluida la entrevista.

El rostro de Cabrillo se puso rojo como la cáscara de una langosta cocida. Abrió y cerró la boca un par de veces, terminando por ponerse en pie.

—Represento a una poderosa entidad que desea hacerse a todo precio con el control mayoritario de la «Tritonian». Aumentaríamos hasta un quince por Ciento...

Algy echó a andar hacia la puerta. Los otros, furiosos aunque corteses, le siguieron.

—Estoy muy bien como estoy —dijo el joven— y no deseo vender.

—Quizá más tarde tendría usted que lamentarlo —dijo Cabrillo suavemente—. Figúrese que ocurre una repentina bajada en las acciones de la «Tritonian» y...

—También baja el termómetro en Siberia —sonrió Algy—. Buenas tardes, caballeros.

Cabrillo y Zeandra cruzaron la puerta. El primero se volvió para decir algo.

—Tendrá usted noticias nuestras, señor Beashon.

—¿Por medio del «Boletín Penitenciario»?

El individuo pareció que iba a estallar. Dio media vuelta, pero se detuvo al

oír de nuevo la voz del dueño de la casa.

—Dispénseme, señor Cabrillo, es pura curiosidad. ¿No podría usted decirme el nombre de la empresa que representa?

—Tengo el encargo de guardar acerca de ello la mayor reserva. Las actuaciones irían a mi nombre, señor Beashon.

—Ya —contestó el joven pensativamente. De pronto levantó la cabeza—. Oiga, y además de a la minería, ¿no se dedica esa entidad a la baratería?

Cabrillo miró al joven con rostro inexpresivo.

—¿Baratería? ¿Qué quiere decir esa palabra, señor Beashon?

—La Enciclopedia Británica es una forma excelente de averiguarlo amigo mío —contestó suavemente Algy, cerrando la puerta acto seguido.

Regresó al «living» muy preocupado. Tanto lo estaba que no se dio cuenta de que hablaba consigo mismo en voz alta.

—Es curioso. Realmente, tenía que hacer ese viaje a Tritón, aunque no en esta época. Lo mismo daba ahora que dentro de seis meses... pero lo he adelantado con el fin de iniciar las investigaciones sobre los siniestros espaciales y así tener un pretexto lógico para viajar sin que nadie sospechase de ello... Pero ahora van y aparecen estos dos tipos... proponiéndome la venta de la «Tritonian». Por supuesto, el negocio es magnífico, sobre todo teniendo en cuenta que es al contado... Pero si acepto, mi viaje ya no tiene objeto... y entonces las pesquisas sobre baratería se irían al cuerno.

Prendió fuego a un cigarrillo y lo encendió.

—Ni hablar. El martes embarcaré en la «Megacosmic» y a Tritón se ha dicho...

—¿De verdad? ¡Qué suerte tienen algunos!

El joven se volvió como picado por un áspid.

—¿Eh? ¿Quién es usted? ¿Quién le ha dado permiso para entrar aquí? Y sobre todo, ¿cómo lo ha hecho?

La persona que acababa de entrar sonrió encantadoramente. Tenía el cabello cobrizo, con vivos destellos metálicos, unos ojos verdes como los de un gran felino y unos labios carnosos y llenos de vitalidad. El resto de la figura, enfundada en una ajustada malla color azul eléctrico de una sola pieza, concordaba magníficamente con la belleza de su rostro.

—Me llamo Sofía Keagley y he venido a pedirle a usted un pasaje para Tritón, en la «Megacosmic», señor Beashon.

Algy dio un salto.

—¡Ca... ramba! A lo que parece, todo el mundo está enterado de mis asuntos. ¿Quién le dijo a usted que yo voy el martes a Tritón?

Sofía sonrió deliciosamente. Ondulando como una serpiente, se le acercó hasta situarse a escasos centímetros del cuerpo del joven.

—Usted mismo, Algy. ¿Me permite que le llame así? ¡Algy! Un nombre encantador, palabra.

El joven se apartó un par de pasos.

—Yo no he dicho nada de ir a Tritón...

—¿Cómo qué no? —murmuró la muchacha, cuya edad no alcanzaba ni de lejos el cuarto de siglo—. Cuando entré aquí estaba hablando solo. ¿O no lo recuerda ya?

Algy se sonrojó vivamente.

—Bueno...

Ella volvió a acercársele, insinuante y provocativa.

—¿Verdad que me concederá el pasaje para la «Megacosmic», Algy?

Éste tragó saliva.

—¡Glum! Yo... señorita... ¿Cómo voy a darle un pasaje si solamente poseo el mío?

—Pero usted es uno de los principales accionistas de la «Espacio & Imperio», armadora de la nave. Bastará con que haga así con los dedos para que le complazcan.

—Señorita Keagley, ni yo mismo podría... Oiga, ese apellido lo he oído yo antes de ahora —exclamó el joven de repente, sintiéndose turbado ante la magnética mirada de las fosforescentes pupilas de Sofía.

—Es posible —murmuró ella—. Pero eso, ¿qué importa, ahora? Es mi pasaje lo verdaderamente interesante ¿no?

—Keagley... Keagley... ¡Ah! —exclamó Algy, pegándose una fuerte palmada en la frente—. Ahora recuerdo. La astronave «Alma Keagley». Ha volado en el espacio...

—Sí, eso dicen las noticias, Algy —Sofía continuó acercándosele.

—Es una coincidencia. Su apellido y el nombre que llevaba la nave...

—No tanta. Alma Keagley fue la esposa del ingeniero que la proyectó... y mi abuela.

—¡Caramba! Pues vaya una sorpresa.

—¿Verdad que sí? ¿Qué me contesta, Algy?

El tono de Sofía era realmente insinuante, así como sus maneras. Estaba ya tan cerca del joven que éste podía percibir claramente el cálido y perfumado aliento que emanaba de la boca de la muchacha, así como el suave palpitar de su turgente seno.

Una vez más tragó saliva. Quiso retroceder, pero sus pantorrillas chocaron con el borde de un diván y cayó sentado sobre el mullido. Sofía lo hizo a su lado.

—Eres muy tímido con las mujeres, ¿verdad, Algy? —susurró ella, acercándosele peligrosamente.

—Hombre, yo...

—No lo niegues —murmuró Sofía, entrecerrando los párpados—. Demasiado se ve... Debes conquistarlas a racimos. Aparentemente, las mujeres deseamos al hombre que es fuerte, enérgico, resuelto... pero en el fondo adoramos a los tímidos. «Yo» los adoro... y tú eres «tan» tímido, Algy...

Se inclinó sobre él, tomándole la cabeza con ambas manos y lo besó fuertemente en los labios antes de que Algy pudiera resistirse. Luego se separó, súbitamente turbada.

—Debes perdonarme, Algy —dijo, confusa.

El joven carraspeó.

—Perdonarla... ¿De qué y por qué? Ha sido...

—¿De veras que te ha gustado? —gritó ella, excitada, palmoteando acremente—. Ven, lo repetiremos.

Pero Algy se escurrió de los brazos de la muchacha y poniéndose en pie rápidamente, se retiró a uno de los extremos de la habitación, cerca del bar.

Extendió rígidamente el brazo derecho.

—Todo el mundo está enterado de mis propósitos. ¿Quién le dijo que yo pienso ir a Tritón?

—Tú, antes, cuando hablabas solo, Algy. Y por favor, tutéame; odio los formulism...

—Los formulismos me importan un rábano ahora —masculló él, irritado —. Ahora lo que me interesa es saber por qué tiene tantos deseos de viajar a Tritón.

—Si no me vas a proporcionar el pasaje, ¿qué más te da, Algy?

—Pero es que no tengo más que el mío, Sofía... digo señorita Keagley.

—Sofía está mejor —sonrió ella. Un aire de decepción se asomó a su rostro—. ¿De veras que no puedes?

Algy levantó la mano derecha.

—De veras, palabra de honor.

Sofía, se encogió de hombros.

—Bueno, ¡qué se le va hacer! Tendré que procurármelo por otros medios. Lamento haberte molestado y... Oye, ¿no me invitas a una copa?

—Yo no bebo. El bar está ahí —dijo Algy, refunfuñando.

Sofía volvió a sonreír y, caminando grácilmente, se acercó al bar, pasando al otro lado. Empezó a sacar botellas, parte de cuyos respectivos contenidos mezcló en una batidora, añadiendo algunos cubitos de hielo. Extrajo del estante un par de copas y sirvió en las mismas.

Algy se había sentado en un sillón, con la cara apocada en un brazo. Su rostro aparecía enfurruñado.

Sofía se le acercó, con una copa en cada manó. Se sentó en uno de los brazos del sillón.

—Toma —dijo.

Algy preguntó:

—Toma, ¿qué?

—El cóctel, naturalmente. Pruébalo, es riquísimo. La fórmula es mía, ¿sabes?

Algy miró con aprensión la copa y su contenido de un color rojo profundo,

en el que apenas si se divisaba la guinda que sobrenadaba en su interior.

—No bebo —declaró hoscamente al cabo.

—Por una vez... Anda, pruébalo —dijo ella, insinuante—. No seas así; el anfitrión debe complacer a su huésped.

—Yo no soy tú... digo su anfitrión sino a la fuerza. Pero, en fin —le arrebató bruscamente una de las copas—, si eso ha de servir para que se vaya cuanto antes, quebrantaré una de mis normas de conducta.

—Te gustará mi «MarAsJup». Algy, de veras.

El joven iba a beber cuando oyó aquella palabra. Detuvo el gesto en el acto.

—¿Qué dem... qué significa eso? Nunca oí ese nombre en mi vida.

Sofía se acomodó en uno de los taburetes, juntando las rodillas.

—Es una palabra formada por la sílaba inicial de otras tres. Marte, Asteroides y Júpiter. El combinado posee el misterio de Marte, la ingravidez y ligereza de un asteroide y la grandeza fantástica y exuberante de Júpiter. Estoy segura de que, una vez lo hayas probado, ya no querrás otra bebida. Lo que sucede es que soy desinteresada; si lo patentase, me forraría de dinero. ¡Vamos, Algy, bebe!

El joven accedió, despachando el contenido de la copa de un solo trago, contemplado malévolamente por Sofía.

Apenas le había llegado al estómago el licor, su cuerpo se irguió como sacudido por una descarga eléctrica, los ojos, se le extraviaron, giró en redondo un par de veces sobre sí mismo y luego se desplomó fulminado al suelo.

Sofía se arrodilló presurosamente a su lado.

—¡Demonios! —exclamó—. ¿No se me habrá ido la mano? —y probó el suyo—. No, ¡qué cosa tan rara!

Estuvo observando atentamente a Algy durante unos segundos. Después viendo que su respiración era normal, se incorporó.

Miró en torno suyo, permaneciendo inmóvil y en actitud meditabunda durante unos momentos. Luego, saliendo de su estatismo cruzó con paso fácil la estancia.

Permaneció fuera de ella una media hora, regresando al cabo. En la mano traía un sobre alargado de color claro. La expresión que se advertía en su rostro era de satisfacción.

—Bueno —suspiró—, ya lo tengo —y se encaminó hacia la puerta.

Hizo girar el pomo y la abrió. Entonces se encontró con un hombre que tenía el rostro enmascarado por un pañuelo que apenas si le dejaba ver los ojos.

El individuo sostenía en la mano una pistola de pavoroso aspecto.

—Deme el sobre, señorita Keagley —dijo el enmascarado con voz opaca.

CAPÍTULO III



RA ya casi de noche y la puerta de la casa estaba orientada al Oeste, de modo que la escasa luz diurna que había daba de lleno en los ojos de la muchacha. Pero el metal de la pistola brillaba demasiado para no advertir la implícita amenaza que latía en la misma.

—El sobre, señorita — repitió el enmascarado.

Sofía preguntó:

—¿Para qué? ¿Quién es usted?

—De las dos preguntas, sobra una: la segunda; y en cuanto a la primera, puede usted figurarse fácilmente la respuesta: ¡El sobre!

—Pudiera ocurrir que me negase a entregárselo, amigo — respondió Sofía con glacial acento.

—Se lo quitaría a su cadáver — repuso el otro en idéntico tono —. Esta pistola es silenciosa. Dispara por aire comprimido y se recarga automática y eléctricamente a cada disparo. Sus proyectiles son huecos y tienen dentro una carga de aire también comprimido a alta presión. En el momento en que penetra dentro del cuerpo humano, estallan, produciendo en las vísceras unos destrozos horribles, con lo cual las posibilidades de salvación son nulas. Me

disgustaría mucho toner que llorar sobre su tumba, señorita Keagley.

—Usted no lloraría ni por su padre — contestó desdeñosamente la chica. Le tiró el sobre a la cara —. Ahí lo tiene.

El sobre cayó al suelo.

—Cójalo usted — dijo el enmascarado —. Entréguemelo en la mano y no haga ningún gesto sospechoso. Es mi última advertencia.

Los dientes de Sofía rechinaron de rabia. Inclinándose, tomó el sobre y se lo entregó al desconocido. Éste lo guardó en el interior de su ropa.

—Así está bien — dijo —. Ahora permanezca aquí durante unos minutos, hasta que yo me haya ido. No haga nada; la integridad de su lindo pellejo depende de usted misma. ¡Adiós!

El enmascarado retrocedió unos cuantos pasos, sin dejar de apuntarla con la pistola. Luego, dando media vuelta, echó a correr, desapareciendo en las sombras del jardín que rodeaba la casa.

Unos segundos más tarde Sofía oyó el leve zumbido de las hélices de un rotóptero. Vio el aparato que se elevaba en los aires, emprendiendo el camino de vuelta, a una de las numerosas terrazas de la ciudad, y por un momento estuvo tentada de echar a correr y perseguir al forajido con su propio aparato volador.

Pero antes de que hubiera podido hacerlo sonó una risita a sus espaldas.

Se volvió con gesto rápido y nervioso.

—Hay una frase muy adecuada para describir la actual situación en que se encuentra usted, Sofía— rió Algy —. El alguacil alguacilado. —Vino a trasquilar el cordero y otro se llevó la lana, ¿no?

—Estás despierto — exclamó ella, confusa y enojada a la vez.

—Claro que sí. Lo estuve todo el tiempo. Lo que pasa es que quería saber exactamente qué era lo que usted pretendía al intentar ponerme fuera de combate.

—Ya lo has podido ver. Pero no me ha servido de nada — contestó ella hoscamente.

—No pudiendo llevarse el pasaje para Tritón por medios ordinarios, recurrió a los extraordinarios, ¿eh?

Solía se mordió los labios. Estaba a punto de echarse a llorar.

—No me lo recuerdes — dijo, pateando el suelo infantilmente.

Algy dio un par de pasos hacia adelante.

—Creyó que me embriagaría y esto me haría dormir. Pero nunca supuso que su «MarAsJup» surtiese unos efectos tan fulminantes, ¿eh?

—Tienes aspecto de tímido, pero no eres tonto, Algy.

—Gracias por el elogio y por el combinado. — Se acercó aún más a ella —. No se preocupe. Tendrá su pasaje para Tritón.

Ella le miró suspicazmente.

—¿Qué he de pagarte por el favor?

—Me cobraré el precio en el momento oportuno. Tampoco, como verá, le pregunto los motivos que la impulsan a viajar más lejos. Ya los averiguaré. Hay tiempo, ¿sabe?

—Claro. Aunque dudo mucho de que... Oye, ¿es imprescindible que lleves esas gafas?

—¿Por qué lo pregunta?

Sofía sonrió suavemente.

—Creo que estarías más guapo sin ellas — dijo. Alargó de repente la mano y se las quitó, lanzándolas sobre un diván —. Sí, es cierto, mucho más guapo.

—Gracias por el elogio — respondió Algy.

De pronto rodeó la cintura de la muchacha con sus brazos e inclinó el rostro hacia ella.

Unos momentos más tarde Sofía se separaba. Tenía el rostro encarnado y su respiración se había hecho un tanto irregular y jadeante.

—¡Caray con los tímidos! — exclamó en tanto que Algy reía abiertamente. Luego preguntó —: ¿Cuándo me enviarás el pasaje?

—No te preocupes. Ve al astropuerto el día de la partida; yo acudiré allí.

—¿Y... y el tipo de la máscara?

Algy se encogió de hombros.

—Supongo que es alguien a quien no le interesa que tú y yo viajemos hasta Tritón. Pero no veo el modo de evitarlo, a menos que nos maten a ambos.

Sofía se estremeció.

—¡Algy! ¿Có... cómo puedes decir eso tan tranquilo? ¿Es... estás seguro de que quie... ren matarnos?

—Ya lo has visto. El enmascarado no llevaba la pistola como adorno precisamente.

—Pero... no lo entiendo. ¿Qué es lo que pretenden?

—Quizá lo mismo que tú — contestó él, mirándola oblicuamente.

La muchacha se envaró.

—¿Qué sabes lo que yo pretendo?

—Viajar a Tritón.

—Ésa no es una respuesta.

—¿Y por qué he de dártela?

—Dímelo todo con claridad y no me obligues a devanarme los sesos con continuadas deducciones.

Los cobrizos cabellos de la muchacha se agitaron al menear ella la cabeza de derecha a izquierda.

—No. Lo siento. Por ahora... es imposible. — Alargó su mano—. Bien, entonces hasta el martes, Algy.

Él cogió la mano que se le ofrecía, estrechándola afectuosamente.

—¿Sabes? Después de verte he empezado a considerar muy seriamente la

posibilidad de salir de mi soltería.

—¿De veras? ¡Qué honor! Lástima que esa proposición de matrimonio no pueda ser aceptada, al menos por el momento. Gracias de todas formas, Algy.

—No te he pedido que te cases conmigo. Solamente lo insinué.

Sofía retiró la mano.

—Entonces procura pensártelo bien, porque da la casualidad de que me gustas mucho y quiero que seas mi marido. Pero después de que hayamos vuelto de Tritón, ¿estamos?

—Estamos. Adiós, Sofía.

—Adiós.

* * *

El capitán Murfreesboro, comandante de la astronave «Megacosmic», cruzó el pasillo, deteniéndose ante una de las puertas del mismo. Tocó con los nudillos y la abrió al serle concedido el permiso desde el interior.

Algy estaba examinando unos papeles en su camarote individual. Levantó la vista al ver entrar el capitán.

—Ah, buenos días, capitán Murfreesboro. Pase, pase. ¿Qué se le ofrece?

—Simplemente, saludarle en, primer lugar y luego desearle un buen viaje basta Tritón. Después, preguntarle si puedo serle útil en algo. Hubiera deseado venir antes, pero ya sabe que el capitán debe permanecer en el puente en tanto despega la nave.

—No se excuse, capitán. Y gracias por su ofrecimiento... que pienso utilizar. ¿Podría usted facilitarme una lista del pasaje?

—Con mucho gusto, señor Beashon, Se la enviaré de inmediato con uno de mis oficiales. ¿Algo más?

—Pues... no. ¡Espere! Sí. Lo olvidaba. ¿Qué tiempo calcula usted que emplearemos para llegar a Tritón?

—Debemos tener en cuenta que nuestra nave es muy rápida, pues se dedica únicamente al transporte de pasajeros y correo urgente. Todavía estamos acelerando y no alcanzaremos el máximo de nuestra velocidad hasta dentro de tres días. Contando con que tendremos tres paradas en ruta : Marte, Júpiter y Saturno, durante las cuales habrá que acelerar y decelerar igualmente para equipararnos a las órbitas de dichos planetas, puede calcularse en unos cincuenta y seis días la duración de nuestro viaje.

—Es decir, ocho semanas, capitán Murfreesboro

—Así es, señor Beashon.

—Habrá tiempo de aburrirse durante el viaje.

Murfreesboro sonrió.

—Tenemos a bordo las suficientes distracciones como para que los pasajeros no sientan el hastío ni un solo momento. Hay una película para cada día, luego están las noticias que se reciben tres veces por día, emitiéndose el boletín correspondiente; organizaremos también concursos sociales... Lo

pasará bien, señor Beashon, se lo aseguro.

—Gracias, pues, capitán. No se olvide de enviarme la lista del pasaje.

—Por supuesto. ¿Desea algo más, señor Beashon?

—Gracias. Es usted muy amable. Hasta la vista, capitán.

La posición de accionista de la Compañía confería al joven tal privilegio y el capitán Murfreesboro lo sabía, por lo que había procurado estar a bien con él. Le envió el documento pedido un cuarto de hora más tarde.

Algy leyó la lista con atención. Sonrió al ver en ella los nombres de Cabrillo y Zeandra.

—Lo raro hubiera sido que no hubiesen estado a bordo — murmuró para sí, muy satisfecho.

Horas más tarde salió al comedor. La «Magacosmic» era una nave destinada al pasaje y, como tal, dotada de toda clase de comodidades: gravitación artificial, dispositivo antiacelerador, etc. Volaban ya a un millón de kilómetros a la hora, y a pesar de que la nave continuaba ganando velocidad a cada segundo que transcurría, ello no se advertía en su interior.

Se encontró — ¿cómo no? — con la muchacha, sentándose a su lado. Miró disimuladamente en tomo suyo, sin encontrar el menor rastro de la pareja por quien tanto se había interesado.

Charlaron amigablemente durante la comida, despidiéndose luego hasta el «día» siguiente. Algy acompaño a la muchacha hasta la puerta de su camarote y luego se dirigió al suyo.

Abrió la puerta, encontrándose con un hombre en el interior del apartamento. Parpadeó.

—¡Señor Munro! — exclamó.

—¡Pssst...! —exclamó el otro, poniéndose un dedo sobre los labios—. No grite, por favor.

El joven frunció el ceño.

—No entiendo...

—Cierre la puerta — dijo Munro, y el joven obedeció.

—No sabía que estuviese usted a bordo, señor Munro,

—Me registré con el nombre de Scully.

Algy preguntó:

—¿Por qué?

—Yo también quiero investigar por mi cuenta. ¿No cree que si lo hacemos dos siempre tendremos más posibilidades de averiguar algo que si es uno solo el que trabaja?

—¿Sugiere usted que lo hagamos aunando nuestros esfuerzos ?

—Exactamente, señor Beashon. ¿Qué le parece mi idea?

—No está mal del todo... pero ya que se ha cambiado de nombre, debiera haberse cambiado también el rostro.

—¿Eh? ¿Qué diablos está diciendo? ¡No le entiendo!

—Sencillamente, que alguien puede reconocerle de los que están a bordo, en cuyo caso todas sus esfuerzos se habrán ido al cuerno. Y perdone la expresión.

El semblante de Munro adquirió inmediatamente una expresión de gravedad.

—¡Diablos! —exclamó—. Pues no había pensado en ello. ¿Usted cree?

El joven se encogió de hombros.

—No lo sé, no puedo decirle nada. Lo mejer será que vaya a su camarote, se encierre en él durante dos o tres semanas y se deje crecer la barba. Esto desfigura bastante el rostro de una persona.

—Pero entonces no podré hacer nada —- se quejó Munro.

—Peor sería que averiguasen su verdadera identidad. ¿Le conoce alguno de los tripulantes?

—No. Es decir, creo que no.

—Mejor entonces. Vaya a su camarote y fínjase enfermo. Haga que le lleven allí la comida y no salga hasta que la barba le haya crecido lo suficiente. En todo caso, lo iré a visitarle, ¿me entiende?

Munro suspiró aliviado.

—Sí, claro, es una buena idea. — Se puso en pie —. Gracias por habérmela sugerido. Me iré ahora mismo. Hasta luego, señor Beashon.

Cuando el joven se hubo quedado solo hizo un gesto de rabia.

—¡Pedazo de imbécil!—masculló, apretando los puños —-. Lo va a estropear todo.

Se acostó y apagó la luz, viendo las estrellas a través del portillo que tenía cerca de la cabecera de la cama. El tenue rumor de la maquinaria de la nave le sirvió de soporífero, pues en seguida se quedó dormido.

Al día siguiente se levantó, haciendo vida normal. —No vio Sofía por lo que supuso que la muchacha estaría todavía en su camarote.

Después del desayuno, aburrido y sin saber qué hacer, se dirigió al mirador de la nave, amplia cámara de forma semicircular, dotada de una serie de grandes ventanas de cuarzo, que permitían una magnífica visión del espacio. Había ya unos cuantos pasajeros charlando y distrayéndose, pero deseoso, por el momento, de soledad, escogió una mesita junto a una ventana, sentándose frente a una taza de café.

Fumó un par de cigarrillos. De pronto vio que un individuo, con una taza de café en la mano, se le acercaba sonriendo. .

—¿Me permite? Mi nombre es Julius Sbagl. Me alegro mucho de conocerle, señor Beashon.

—Digo lo mismo — sonrió el joven—. ¿Quién le dijo mi nombre, señor Sbagl?

—El camarero. No vi otra mesa libre, y antes de atreverme a pedirle a usted permiso, se lo consulté. El muchacho dijo que creía que usted no tendría inconveniente, como así ha resultado, en efecto. Gracias, señor Beashon.

—No hay de qué — contestó el joven, contemplando a su interlocutor, un hombrecillo de unos cincuenta años de edad, menudo y de aspecto vivaracho y bondadoso al mismo tiempo.

—Largo viaje el nuestro, ¿eh, señor Beashon?

— dijo Sbagl.

—¿También usted va a Tritón?

—Sí, señor Beashon. He encontrado allí un buen empleo, en la «Tritonian», y aunque en principio loa viajes por el espacio no me agradan mucho, el sueldo que ofrecen es lo suficientemente atractivo como para hacerme perder el miedo.

—Miedo, ¿de qué? No hay ningún peligro. Uno se sube aquí y viaja tan tranquilo como nuestros abuelos lo hacían en el Tren Azul, de Londres al Mediterráneo.

—¡Hum! — masculló Sbagl—. No lo aseguraría yo tanto.

Algy se echó a reír.

—¿Teme usted que nos asalten unos piratas del espacio que no existen o que estalle la nave?

Sbagl terminó su taza de café.

—Lo último, señor Beashon.

— Vamos, vamos — dijo el joven con a acento intrascendente —. No hay que ser tan pesimista. Esas cosas no ocurren más que una de cada millón. ¿Nos iba a tocar a nosotros la única bola negra entre novecientas noventa y nueve mil novecientas noventa y nueve blancas?

Sbagl sacó una vieja pipa y la llenó de tabaco, encendiéndola acto seguido.

—Yo diría que ya tenemos la bola negra. Todavía no la han enseñado, pero ya verá como no tardarán mucho en hacerlo.

El joven frunció el ceño.

—¿Qué es lo que está diciendo? Son aprensiones sencillamente y no hay por qué...

—Señor Beashon — dijo Sbagl calmosamente —, soy muy aficionado, como buen burócrata, a las estadísticas. Antes de emprender este viaje, con muchas aprensiones por mi parte, como ya le dije, estuve estudiando la lista de los accidentes ocurridos en los dos últimos años. Diez naves han volado por los aires... perdón, por el espacio, sin motivo aparente. «No hay diez millones de naves viajando entre los planetas», proporción que sería la correcta según usted. Hay quince, dieciséis mil cuando más,,, una cifra que está bien, pero que en ningún modo corresponde a esa proporción de accidentes...

Un tripulante se les acercó, interrumpiéndoles.

—Perdón. ¿Señor Beashon?

Algy levantó la cabeza.

—Yo mismo.

—Dispénseme, señor. El capitán le llama urgentemente.

Algy miró fijamente al individuo durante unos segundos. Después se puso en pie.

—Dispénseme, señor Sbagl. Continuaremos esta interesante conversación en otro momento. ¿Le parece?

—Por mi parte, encantado. Hasta la vista, señor Beashon.

Algy echó a andar, siguiendo al tripulante. Éste lo condujo a presencia de Murfreesboro, quien, sin andarse con rodeos, le dijo que habían descubierto el cadáver de Raymond Scully.

CAPÍTULO IV



N los primeros momentos le costó al joven recordar quién era Scully.

—¿Por qué me lo dice a mí, precisamente, capitán? —preguntó.

—Porque ese era un nombre falso, señor Beashon. El auténtico era Munro.

Algy respingó. Sus ojos se dilataron.

—¡Diablos! —pero una llamada del subconsciente le hizo retener la frase que imprudentemente había estado a punto de brotar de sus labios—. ¿Está seguro de ello, capitán? No sabía que el señor Munro viajase a bordo de la «Megacosmic».

Murfreesboro asintió.

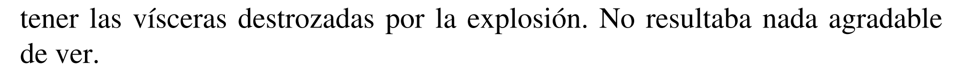
—Sólo yo lo sabía. Me lo dijo antes de embarcar. Dijo que quería investigar personalmente los accidentes ocurridos a las naves aseguradas en el Lloyd’s y que por dicha razón había juzgado conveniente viajar de incógnito.

—Es una enorme sorpresa para mí —exclamó el joven, diciendo parcialmente la verdad—. ¡Munro asesinado! ¿Puedo verlo?

—Nada más justo, señor Beashon. Por el momento, he ordenado cerrar el camarote con llave, la cual está en mi poder. No quiero que se toque nada en tanto se realiza la pertinente investigación.

—Una buena idea, capitán. ¿Cómo lo mataron?

—Con una pistola de aire comprimido. Un tiro en mitad del pecho. Debía


tener las vísceras destrozadas por la explosión. No resultaba nada agradable de ver.

—¿Quién descubrió el cadáver?

—La señorita Keagley.

—¡Qué!

La sorpresa dejó paralizado al joven.

No tardó mucho en reaccionar, sin embargo.

—Bien, vamos para allá. No perdamos más tiempo.

Salieron de la cámara de mando, encaminándose hacia la de Munro. Al llegar a la puerta, Murfreesboro sacó un manojo de llaves de su bolsillo, escogiendo una que insertó en la cerradura, haciéndola girar acto seguido. Abrió la puerta y se echó a un lado para que pasase el joven.

Algy cruzó el umbral. Se detuvo a dos pasos de la puerta, quedándose clavado en el suelo.

—Capitán —dijo—, ¿está usted seguro, de que el señor Munro está muerto?

Murfreesboro soltó una gruesa interjección. Penetró en la estancia, mirando por encima del hombro del joven.

—¡Cuernos! ¡Se esfumó!

Algy se volvió ligeramente.

—Sería muy conveniente que dedicase, con la mayor discreción por supuesto, a media docena de tripulantes a buscar el cadáver del señor Munro... o a él mismo, en persona... porque aquí no se advierte el menor rastro de asesinato. Jamás he visto una habitación tan limpia y ordenada.

Efectivamente, el joven tenía razón. El interior del camarote estaba absolutamente en orden, como si después de haberse levantado y vestido su ocupante lo hubiese aseado la camarera.

Murfreesboro se rascó la cabeza, completamente estupefacto.

—Sí que es raro. El señor Munro...

—¿Vio usted el cadáver?

—No.

—Repita eso, capitán.

—Ya se lo he dicho, señor Beashon —contestó Murfreesboro amostazado —. Yo no lo vi, pero...

—Entonces, ¿cómo sabe que el señor Munro ha sido asesinado?

—Verá... La primera que lo vio muerto fue, como ya le he dicho, la señorita Keagley. Ésta llamó a un tripulante, el primero que pasaba por su lado, y le encargó que me avisase... Después... se retiró a su camarote, indispuesta al parecer. Munro no ofrecía muy buen aspecto...

—¿Quién cerró con llave el camarote?

—Pues el tripulante, supongo. Él me la entregó.

—¿Cómo se llama ese individuo?

—Soares, Alveo da Soares.

—Bien —contestó el joven—. De todas formas, no es improbable que el asesino, después de haber cometido el crimen, haya tratado de borrar las huellas de su acción. Ahora no puedo entretenerme en ello, pero más adelante vendré a investigar aquí. ¿Quiere darme la llave, capitán?

—¡Cómo no! Aquí la tiene.

—Gracias. Yo voy ahora a ver a la señorita Keagley. Usted hará el favor de enviarme a Soares dentro de un cuarto de hora al camarote de la señorita, ¿estamos?

—Como guste, señor Beashon.

—¿Quiénes más lo saben?

—Sólo nosotros cuatro, por ahora.

—Perfectamente. Cuide usted de que la noticia no se extienda. Llame a Soares y recomiéndele discreción absoluta.

—Le haré guardar el secreto a toda costa; descuide, señor Beashon.

—Gracias. No se olvide: dentro de un cuarto de hora.

Salieron de allí y Algy cerró la puerta del camarote cuidadosamente, guardándose la llave en el bolsillo. De aquel punto se encaminó al camarote de la muchacha, situado en el puente superior.

Tocó con los nudillos a la puerta. La propia Sofía salió en persona a abrirle.

El horror de la escena presenciada se reflejaba claramente en la intensa palidez de su rostro. El labio inferior le temblaba ligeramente.

—Ho... la Algy —dijo con tono vacilante.

—Hola, Sofía —dijo él—. ¿Puedo pasar?

Ella se hizo a un lado. Algy penetró y cerró la puerta.

—Cuéntamelo todo —dijo.

—Sí... —Sofía se pasó una mano por la frente—. Ha sido algo... horrible...

—Me lo supongo. El tipo enmascarado también te amenazó con una pistola de balas de aíre comprimido, ¿verdad?

Ella asintió.

—Sí... pero nunca creí que causaran un afecto tan terrible... hasta que vi a Munro tendido en el suelo...

—¿Estaba en el suelo? ¿Dónde?

—En el centro de su camarote.

—Así se explica —murmuró él pensativamente. «Las manchas de sangre se lavan muy fácilmente en un suelo como éste». Levantó la voz—: ¿Qué habías ido tú a hacer allí?

—Nada. Solamente... pasaba porque iba a desayunar... Vi la puerta entreabierta... No te vayas a creer, no soy curiosa y me gusta respetar la intimidad de las personas... Pero vi asomar un pie, lo que me hizo suponer que al ocupante del camarote le había ocurrido algo. Empujé la puerta y... bueno,

lo demás...

—Entonces llamaste al primer tripulante que pasó por tú lado, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Cuando tú lo llamaste, ¿ya estabas fuera del camarote?

—Sí. El hombre se asomó, lanzó un juramento, se puso la mano en la boca, diciendo que si no lo hacía así, iba a vomitar... y luego salió corriendo para ir a llamar al capitán.

—¿Cerró él la puerta?

—Sí... es decir, supongo que sí, porque yo había dado media vuelta y corría también. Estaba muy asustada, compréndelo; nunca he visto a un hombre muerto... al menos tan destrozado como lo estaba el pobre Munro.

Algy miró suspicazmente a la muchacha.

—¿Cómo sabes que era Munro? Estaba registrado con el apellido de Scully.

Ella se estremeció.

—Vamos, contéstame. Yo estuve hablando ayer con Munro y me dijo que figuraba con el nombre falso que te he dado. ¿Es que le conocías tú?

—Sí —contestó Sofía con un hilo de voz.

—¿Cuándo le conociste?

—De momento, si no te molesta, preferiría reservarme la respuesta.

Algy contempló los ojos de la muchacha. Estaban encarnados y tenían todas las señales de un llanto interrumpido apenas él había llamado a la puerta.

—Era pariente tuyo, ¿verdad?

Cogida por sorpresa, Sofía asintió.

—Sí.

—¿Tu padre acaso?

—No. Hermano de mi madre. Mi segundo apellido es también Munro.

—Vaya. Esto complica las cosas, en lugar de aclararlas. ¿Y no te podía él haber proporcionado el pasaje para Tritón?

—No quiso hacerlo. Dijo que, puesto que nuestro parentesco era apenas conocido, debíamos pasar a bordo como perfectamente desconocidos y que si yo quería ir a Tritón debería hacerlo por mis propios medios. Por eso fui a verte a ti... a tu casa.

—Te lo recomendó él, ¿verdad?

Sofía asintió.

—Sí. Me pareció una buena idea.

—Eso quiere decir que tú y él pensabais trabajar juntos.

—Algo hay de verdad, Algy.

—De modo que Munro quiso meterse a investigador por su cuenta y le asesinaron. Lo cual quiere decir que el asesino conocía también su identidad. ¿Estás segura de que murió?

—Yo... en fin, después de aquella brecha que tenía en el tórax... comprenderás que no hay persona que pueda vivir... El corazón debió quedar destrozado con el estallido del proyectil de aire comprimido.

—Pero tú le viste tendido en el suelo e inmóvil.

—Sí, así fue —ella le miró curiosamente—. ¿Por qué lo dices, Algy?

—Por nada. Simplemente quería asegurarme de ello. Me hubiese gustado que le hubieras tomado el pulso.

—No te entiendo, Algy. ¿Por qué dices eso?

—Así hubiéramos sabido que efectivamente había muerto. Porque es que ahora resulta que su cadáver ha desaparecido.

Los ojos de la muchacha se desorbitaron. Su rostro adquirió la blancura del papel.

—¿Cómo... dices? —balbuceó.

—Lo que has oído —refunfuñó el joven—. Alguien ha hecho desaparecer el cadáver de tu tío. Si es que realmente ha muerto, cosa que dudo.

—¡Algy! ¿Cómo puedes decir tal cosa? Lo vi yo misma... Estaba allí, tendido en el suelo... en medio de un lago de sangre que... ¡Oh, Dios mío, qué cosa tan horrible!...

Algy se mordió los labios. Luego dijo:

—Ven conmigo al bar. Tomarás allí una copa que te aliviará. Pero procura no hacer el menor comentario.

—Conforme —murmuró ella. Pero, mujer al fin y al cabo, no pudo resistir la llamada de la coquetería—. Espera un momento —dijo—; voy a arreglarme un poco.

Algy sonrió y, filosóficamente, prendió fuego a un cigarrillo. Hubo de consumirlo casi íntegramente antes de que la muchacha hubiese terminado su tocado.

Salieron del camarote, encaminándose a la escalera que les llevó al puente inferior. Tomaron la dirección del bar, pero un tripulante les salió al paso antes de que pudieran llegar al mismo.

—¿Señor Beashon? —dijo—. Le espera el capitán en su cámara. Haga el favor de seguirme.

Algy y Sofía se miraron mutuamente. Sin embargo, siguieron al individuo, aunque sin intercambiar ni una sola sílaba.

El capitán les recibió muy nervioso. Era evidente que algún nuevo suceso le acababa de crear otra preocupación.

Tan nervioso estaba, que no pareció advertir siquiera la presencia de Sofía en su camarote. Apenas hubo cerrado la puerta, exclamó:

—Me parece qué he conseguido adivinar la forma en que el asesino se deshizo del señor Munro.

—¿De veras? ¿Cómo lo ha averiguado?

—Me lo dijo el tercer oficial. Está encargado de los servicios de higiene y...

—¿Dónde está el cadáver? —le interrogó el joven.

Murfreesboro le miró con aire lúgubre.

—Eso es lo malo, señor Beashon: que no está.

—¡Eh!

La exclamación brotó por partida doble de los labios de ambos jóvenes. Algy, por su parte, añadió:

—¿Lo ha comprobado usted personalmente, capitán?

—Por cierto que sí.

—¿Y bien?

Murfreesboro se dirigió hacia la puerta. La abrió, invitándoles a salir.

—Mejor que todo lo que yo pueda decirles está lo que ustedes mismos van a ver. Síganme, se lo ruego.

Algy y Sofía accedieron. Salieron del camarote y caminaron tras el capitán, pasando después por una puertecita que daba a una pequeña escalera muy empinada, la cual concluía en una especie de cuartito de unos tres metros en cuadro, iluminado solamente por una lámpara central incrustada en el techó.

La estancia no disponía de ventanas y en su centro se advertía una abertura circular de un metro, de diámetro, que estaba cubierta en aquel momento por una rampa que se ajustaba exactamente a la circunferencia del orificio.

—Esto es el expulsor de desperdicios —dijo Murfreesboro. Se acercó a la pared, en donde había dos interruptores—. En síntesis, es un tubo de unos tres metros de longitud, en cuyo interior hay unas poderosas paletas que giran rapidísimamente, a varios millares de revoluciones por minuto.

»Aquí se arrojan todos los desperdicios una vez al día. Se abre la tapa y se lanzan dentro, cerrándose acto seguido. Entonces se pone en funcionamiento la maquinaria que mueve la turbina, la cual pulveriza literalmente todo cuanto se arroja dentro. Un par de minutos más tarde otro mando abre la compuerta que da al espacio. El aire arrastra entonces, el polvo resultante de la basura desmenuzada por las paletas. Se pierden así unos tres metros cúbicos de aire, pero las reservas son abundantes y por lo tanto la descarga resulta insignificante.

Algy se estremeció. Empezaba a comprender.

—Esto se hace con el fin de no dejar residuos en el espacio que un día pudieran comportarse como meteoritos, ¿no es así?

—Justamente, señor Beashon. Y ahora, ¡miren ustedes!

La luz era fuerte. La mano del capitán oprimió el interruptor de apertura y la tapa giró a un lado, dejando ver el interior de las hélices pulverizadores. A pesar de haber sido arrastrada en su mayoría, aún se advertía alguna sangre, repartida en manchas esparcidas irregularmente, en especial por los sitios más próximos a la abertura.

Sofía se puso las manos en el rostro y lanzó una exclamación de horror.

—¡No, Dios mío, no! —y retrocedió unos cuantos pasos.

El capitán dijo:

—Desgraciadamente, así fue. El asesino cargó con el cadáver de su tío, arrojándolo luego aquí. Convertirlo en polvo fue cosa de unos pocos minutos. Luego oprimió el otro resorte y...

—Basta, capitán —dijo Algy, observando la lividez que se extendía por el rostro de la muchacha—; nos imaginamos el resto. Pero ¿cómo lo supo?

—Me lo dijo el tercer oficial. Debió de venir aquí, acompañado por un tripulante que traía un saco cargarlo de desperdicios. Vio las manchas de sangre y me llamó. Entonces creí deber mío el advertírselo, señor Beashon.

—Hizo usted bien, capitán. Luego me dará el nombre del tercer oficial y del tripulante que lo acompañaba.

—Sí, señor.

Algy se volvió hacia la muchacha, tomándola por el brazo.

—Vámonos, Sofía.

Ella asintió en silencio, dejándose llevar. Fueron al bar, donde unos sorbos de coñac la reanimaron notablemente. Sin embargo, se mantuvo silenciosa, sin ganas de hablar.

Algy respetó el silencio de Sofía. Permaneció junto a ella, meditando en los sucesos últimamente ocurridos.

De pronto notó que tenía alguien a su lado. Era Sbagl.

—Parece que ocurre algo grave, ¿verdad, señor Beashon?

Algy lo miró curiosamente.

—No, que yo sepa —respondió—. ¿Qué es lo que trata de decirme?

—Esta nave está maldita, señor Beashon —dijo el hombrecillo—. Cualquier día ocurrirá algo. Sí, señor; puedo asegurárselo.

—¡Bah! Aprensiones suyas, señor Sbagl, que debe desechar inmediatamente.

—Nada de eso. Soy un hombre muy sensible a las manifestaciones síquicas que tratan de enseñarnos lo que el futuro nos reserva...

—Premoniciones.

—Eso es, justamente. No daba con la palabrita. Pues, sí, señor; a mí me pasa lo que usted acaba de decir. Por mi gusto no hubiese ido a Tritón, pero mi mujer, Oh, usted ya las conoce, claro está. Pero ella es algo... especial, ¿sabe? «Que si es un buen sueldo, que allí estarás bien y en dos años ahorrarás una buena suma... que eso se pasa enseguida y que la niña se tiene que casar y que a ver con qué damos la fiesta de boda...». En fin, que no me quedó otro remedio que aceptar el contrato y que... —Sbagl parecía a punto de echarse a llorar—. Mi esposa se quedará viuda, y Lolita, la dulce y gentil Lolita, el orgullo de mi vida, se quedará sin padre... ¡Ay de mí!

Después de una corta pausa de silencio Sbagl sonrió tímidamente.

—Perdone que le haya molestado con mis problemas particulares, señor Beashon. Ha sido una... una incorrección por mi parte. Buenos días.

—Buenos días —contestó el joven, mirando alejarse al hombrecillo.

CAPÍTULO V



N pocos días alcanzaron y rebasaron la órbita de Marte, adentrándose en la zona de asteroides. La «Megacosmic» no redujo su marcha, pese a ello, confiando su capitán, como todos los comandantes de astronave, en el radar de larga distancia, que detecta obstáculos en el cielo a distancias superiores a los cinco millones de kilómetros, suficiente para efectuar una ligerísima desviación de rumbo que evitase el posible encuentro con un pedrusco, cosa que habría originado inevitablemente una catástrofe.

Las investigaciones prosiguieron sin el menor fruto. Murfreesboro por un lado y el joven por otro, escrutaron cuidadosamente la menor pista que pudiera conducirles al descubrimiento del criminal, sin encontrar ningún indicio racional que les ayudara, en su labor. Ni siquiera una minuciosa observación de los enigmáticos Cabrillo y Zeandra pudo añadir nada a sus exhaustivas pesquisas que por un momento parecieron iban a ser abandonadas.

Sin embargo, Algy resolvió enfrentarse directamente con la pareja. Hasta el momento, su relación personal no había pasado de los meros formulismos del saludo cuando se cruzaban por alguno de los puentes o corredores de la nave. Pero el joven quería averiguar algo más acerca de la misteriosa pareja, que lo que manifestaba el rol da embarque: «negocios». ¿Qué clase de negocios?, se preguntaba una y otra vez.

La ocasión le vino ni pintada cuando los vio un día en el bar, encaramados

en sendos taburetes situados en el rincón, junto a una gran lucerna de cuarzo. Barzoneando con indolencia, se acercó allí, pidiendo un batido de leche y cacao.

—¿Por qué no toma un poco de vino, señor Beashon? —dijo de repente el fornido Cabrillo, enseñando una deslumbrante dentadura al sonreírle.

EL joven sonrió tímidamente.

—No, gracias. Ya conocen mi opinión acerca de las bebidas espirituosas.

— Un poco de vino de vez en cuando no sienta mal. Los médicos, incluso lo recomiendan. Recuerde lo que dicen las Sagradas Escrituras acerca del mismo. *Vinum lactificat cor hominis*. El vino alegra el corazón del hombre. Y el suyo... — añadió Cabrillo intencionadamente —, parece que necesita un poco de alegría.

—Quizá — repuso el joven —. En todo caso, mi tristeza no es causada por la sólida marcha de las acciones de la «Tritonian». ¿Sabe usted?, han subido doce puntos, en la última cotización. ¿Qué le parece?

—Estupendo — dijo Cabrillo, pero ya no sonreía.

—Una buena subida, sí, señor — dijo Algy —. Ahora es cuando me alegro de no haber vendido. Y ustedes, ¿qué, a Tritón, eh?

—Pues, sí...

—¡Caramba, caramba! Sí que ha sido coincidencia. Mira que viajar juntos hasta allí. Lo que son las cosas; hoy día no puedes dar un paso por el espacio sin que te encuentres una persona conocida.

—Abundan esas coincidencias, en efecto. Pero nosotros, igual que usted, también tenemos que hacer algo en el satélite.

—¿De veras? ¡Qué interesante! Turismo, supongo—exclamó Algy, poniendo la cara de idiota, de los domingos.

—No, señor — repuso secamente el otro —. Simplemente, adquirimos también unas cuantas acciones de la «Tritonian» y vamos a inspeccionar las minas. Creo que tenemos derecho a ello, ¿no?

—Hombre, claro; ¿quién se lo iba a discutir? De modo que acciones de la «Tritonian», ¿eh? ¿Y no temen ustedes que estalle la nave?

Cabrillo frunció el ceño.

—¿Por qué había de hacerlo?

—Oh, no lo sé. Se me ocurrió... como cuando se viaja en barco por el mar y se dice: «¿Y no tiene usted miedo a que se hunda?» O que se caiga si es un avión o que descarrile si es un tren...

—Entiendo perfectamente el símil, sin necesidad de dar tantas explicaciones, señor Beashon — el tono de Cabrillo era cada vez más seco. No, no me da miedo que estalle la «Megacosmic».

—¿Y su compañero, el señor Zeandra? ¿Es mudo?

—No, no lo soy — contestó el aludido guturalmente —. Y personalmente, no creo en esas fábulas de los estallidos de astronaves.

Algy exclamó:

—¿Fábulas, ha dicho? ¡Pero si en dos años fueron diez las que hicieron explosión!

—Hay cerca de veinte mil volando continuamente por el espacio — farfulló Cabrillo —. La posibilidad de que ocurra un accidente de tal índole es sumamente remota, señor Beashon.

—Pero existe — insistió el joven.

Cabrillo frunció el ceño;

—Acabemos de una vez, señor Beashon. ¿Qué es lo que quiere usted de nosotros? ¿Acaso está tratando de insinuar que nos dedicamos a la baratería?

—¡Ah! — exclamó el joven vivamente satisfecho —. De modo que consultaron la Enciclopedia Británica.

—No — contestó hoscamente el otro —. Se lo preguntamos directamente a la sección informativa de la B.B.C.

—Plausible iniciativa. Así que no se dedican a la baratería.

—Escuche: ¡Ya le hemos dicho una y mil veces que no! Solamente nos interesa la «Tritonian» como tal empresa. El resto nos tiene absolutamente sin cuidado. Y por si ello puede llamar su atención crematística, le diré que hemos recibido instrucciones de nuestra empresa. La oferta queda mejorada en un veinte por ciento. ¿Qué nos responde?

—¿A los dos? — preguntó Algy ingenuamente.

La cara de Cabrillo adquirid un prenunciado color púrpura.

—¡A cualquiera de los dos!

Algy depositó su vaso vacío sobre el mostrador y arrojó sobre el mismo una moneda de media corona.

Sonrió suavemente.

—Es confortable saber que las propiedades de uno alcanzan tales precios. ¡Buenos días, señores!

Se alejó de allí, dirigiéndose a su camarote. En el camino se encontró otra vez con Sbagl.

Éste meneó la cabeza al verle.

—Mal asunto, señor Beashon, mal asunto. Esta noche he soñado con cocodrilos.

Algy no pudo contener un respingo.

—¡Diablos! ¿Cocodrilos ha dicho?

—Sí, señor, exactamente.

—Bien, ¿y qué significado atribuye usted a ese sueño?

—Sencillamente, una explosión atómica.

El joven lo miró como si fuese un bicho raro.

—Que me ahorquen si consigo establecer la relación que existe entre uno de esos grandes saurios con el estallido de una pila nuclear.

—Pues es bien sencillo, ¿no? Un cocodrilo es cazado y muerto. Inmediatamente es despojado de su piel que se extiende y pone a secar. El

cuerpo se lanza al río para pasto de sus congéneres. Desaparece sin dejar rastro. Y la piel se divide en muchos bolsos, carteras y zapatos. Total, que el animal se desintegra... lo mismo que cuanto rodea a una pila atómica en el momento de la explosión.

Algy hubo de contener la catarata de risa que pugnaba por brotar de sus labios. Indudablemente, Sbagl era un maniático inofensivo, pero cuyas manías se habían acentuado como consecuencia de un viaje que siempre le había repugnado, hasta el punto de causarle un serio desequilibrio en su mente.

— Bueno, bueno — dijo, tratando de consolar al atribulado hombrecillo —, no será para tanto. Verá usted como llegamos sanos y salvos a Tritón. Y lo pasará allí estupendamente. Hay muchas distracciones... y los sueldos que paga la «Tritonian» son regios.

—No es eso lo que me preocupa — repuso Sbagl lúgubremente—, sino mi hija. ¡Ay, mi Lolita! ¿Quién cuidará de ti si yo no estoy para hacerlo?

Y siempre gimiendo y sollozando, el extraño individuo se alejó por el corredor, dejando tras sí a un Algy tan divertido como perplejo y bastante desconcertado, pues también a él le sucedía algo parecido. No acababa de creer que todas las manifestaciones de Sbagl fueran genuinas y, por otra parte, concordaba con el hombrecillo en que algo raro estaba a punto de suceder.

Siguió su camino... Al subir la escalera que conducía al puente superior, vio que bajaba un individuo. Era grueso y tenía un cuello de toro. Un frondoso bigote ornaba su labio superior y el hombre recordó a Algy los antiguos retratos kaiserianos que alguna vez había visto.

Pero a aquel individuo le sucedía algo, según protestaba a voz en cuello.

—Me quejaré a la compañía, sí, señor — gritaba —. ¡Estropearse el sistema de refrigeración de mi camarote...! He cogido un gigantesco constipado que milagro será si no se convierte en pulmonía doble... La temperatura bajó a dos bajo cero y...

El hombre se interrumpió bruscamente. Sus ojos se dilataron en tanto que la cabeza se le echaba hacia atrás.

«Mamá, que estornuda», pensó Algy, deteniéndose.

El otro metió mano al bolsillo en busca de un pañuelo, pero su gesto fue ejecutado demasiado tarde.

El estornudo llegó, tronitoso y violentísimo. Y entonces...

¡El frondoso bigote voló por los aires en dirección al rostro de Algy!

El joven apenas si tuvo tiempo de protegerse el rostro con las manos para evitar le alcanzara aquel improvisado proyectil, que luego cayó lentamente al suelo. Pero Algy no se inclinó a recogerlo porque; sencillamente, tenía toda su atención centrada en las facciones del hombre.

—¡Señor Alpert! —exclamó, completamente estupefacto.

El aludido le miró con terror, olvidando por el momento su constipado. Bajó rápidamente la escalera, cogiendo al joven por un brazo y apartándole a un lado, pues se acercaban varias personas. Recobró su bigote y volvió a

aplicárselo bajo la nariz.

—Por el amor de Dios, no diga usted nada, amigo Beashon. Estoy aquí y sólo usted lo sabe. ¡Maldito acondicionador! Me ha hecho coger un constipado que.,.

Alpert se interrumpió para soltar dos o tres escandalosos estornudos, que ahora no le hallaron desprevenido. El apéndice capilar pudo mantener incólume su estabilidad.

—Yo también quiero investigar por mi cuenta, Beashon— le susurró al oído—. Por eso he emprendido el viaje disfrazado de esta manera que tanto me repugna... pero no lo he podido hacer de otra forma.

—Me deja usted helado — contestó el joven, sin parar mientes en la ironía de su frase.

—Lo supongo. Sin embargo, ahora no tengo tiempo de hablarle. Este lugar es poco apropiado y... Venga después a mi camarote. Es el número 108, tercera cubierta. Estoy registrado con el nombre de Skapíer. Tengo muchas cosas que contarle, ¿sabe?

—¡Caramba! ¿De veras? ¿Qué es lo que averiguó usted, señor... Skapíer?

—Ahora no se lo puedo decir. Venga, venga más tarde. ¡Adiós! -—Y se escurrió precipitadamente, dejando tras sí una sonora estela de estornudos.

Algy meneó la cabeza. Aquello complicaba más las cosas. Verdaderamente, no acababa de comprender por qué Alpert se encontraba a bordo de la «Megacosmic», por más que dijera que trataba de investigar. Y por lo que parecía, había averiguado algo que prometía ser realmente sensacional. Bien, se dijo, a la noche iré a verle.

Llamó a la puerta del camarote de Sofía. Ésta salió a recibirle.

—Estás encantadora — dijo, al verla con una blusa azul y unos pantalones muy ceñidos que realzaban sugestivamente su espléndida anatomía—. ¿Vamos a tomar el aperitivo al bar?

—Encantada — sonrió ella —. Oye, ¿sabes que se te está pasando la timidez a marchas forzadas?

Algy tomó el brazo de la muchacha.

—La embriaguez del espacio, supongo. Dicen que los astronautas la padecen de vez en cuando, con distintos efectos según las circunstancias personales de cada uno.

— ¿Cuáles son los efectos que te causa a ti? — preguntó ella pícaramente.

—¡Hum!... ¡Ah!... — exclamó el, mirándola de arriba abajo —; Prefiero callarme.

—¡Caramba! No sabía que te hubiese dado tan fuerte.

—No lo sabes bien. En cuanto regresemos a la Tierra, irás a París a encargar el ajuar de boda.

—¡París! —exclamó ella maravillada—. ¿Lo dices en serio?

—¿Vamos a confirmarlo, por escrito ante el capitán para que puedas

demandarme un, día si me echo atrás?

Sofía movía la cabeza negativamente. Rodea con sus brazos el cuello del joven.

—No — susurró a su oído —. Me basta con que lo digas tú, querido. —Y luego acercó sus labios a los del joven.

Permanecieron así unos segundos. Luego ella se retiró, ligeramente confusa.

— Me has dejado sin carmín — murmuró, y abriendo el minúsculo bolso que llevaba, se dispuso a retocarse los labios con la barra encarnada. Se volvió ligeramente, a fin de recibir mejor la luz de una pantalla próxima, en el momento en que el joven saludaba con la mano a un individuo que pasaba cerca de ellos.

—¡Adiós, Soares!

Algy asintió:

—Buenos días, señor Beashon. ¿Todo bien?

—Perfectamente, gracias. Vaya luego por el bar; tendré mucho gusto en invitarle a una copa. O dos, si se tercia.

—Muy amable, señor Beashon. Iré allí apenas haya, terminado mi turno de guardia en el radar de proa.

El tripulante se alejó rápidamente. Entonces, Sofía so volvió hacia el joven.

Algy se alarmó.

El rostro de la muchacha estaba blanco como el papel y en él destacaba con violencia el sangriento trazo del lápiz labial.

—¡Sofia! —exclamó el joven—. ¿Qué te suceda?

—Ese hombre...—murmuró la muchacha, con un hilo de voz apenas—. Tú... le llamaste... Soares...

—Pues... sí. Pero no veo qué tiene ello de particular. Le conozco de cuando le interrogué con motivo de la muerte de Munro. Él fue quien cerró la llave del camarote y se la llevó al capitán. Tú misma me lo dijiste.

—Así fue, en efecto. Sólo que... —el labio inferior de la muchacha temblaba perceptiblemente.

—Por el amor de Dios, habla de una vez, ¿quieres?

Sofía inspiró profundamente, distendiendo al hacerlo la tela de su camisa con su busto lleno y rotundo.

—¡Ese hombre no es Soares! — declaró con énfasis dramático.

—¡Qué! ¡Imposible! Pero si yo lo conozco muy bien... y él mismo lo ha dicho...

— No lo ha dicho, Algy. Simplemente, ha asentido a tu llamada, que no es igual. Pero yo estoy completamente segura, en toda la extensión de la palabra, de que el hombre con quien acabas de hablar no se llama así.

Algy se pasó una mano por la frente.

—Aclaremos esto — dijo, sumamente turbado —. Yo le llamo Soares y el tipo me responde. Luego se marcha y entonces tú dices que no es. ¿A cuál de los dos he de hacer caso?

—A mí —exclamó ella resueltamente —. Yo lo vi antes que tú y sé que el individuo que coincidió conmigo en la, puerta de la cámara de mi tío no es el mismo coa quien tú acabas de hablar.

—Entonces, ¿cómo se concibe...?

Ella le cogió por el brazo.

—Sencillamente, que te dieron el cambiazo. Tú le interrogaste a solas, ¿no?

—Claro.

—Pero como no le conocías, interrogaste a un individuo que se te presentó bajo el nombre de Soares. Sus respuestas no pudieron aclararte nada que no supieras ya, ¿verdad?

—Ciertamente. Y de ser así... ¿dónde está el verdadero?

Sofía le miró a la cara fijamente.

—¿Dónde te supones que está mi tío?

—¡Diablo! —masculló él—. Sería demasiado suponer que Soares fas asesinado solamente por haber visto el cadáver de Munro.

—Algo más debería ver cuando lo han hecho desaparecer tan limpiamente. Fíjate en que el individuo apenas si se detuvo; ardía en deseos de irse, porque yo estaba contigo, aunque vuelta de espaldas. Pero él no se dio cuenta de que lo observaba a través del espejito. Lo que temía era que girara y me enfrentara con él. Por eso salió huyendo tan prestamente.

Los dientes del joven rechinaron.

—Voy a verle ahora mismo. Quiero que me aclare este misterio. ¿Por qué se hace pasar por Soares? ¿Es que los demás no se han enterado?

Sofía, exclamó:

—Posiblemente sólo es Soares para ti. Para el resto usará su nombre auténtico. ¿Cuántas veces más lo has visto después del interrogatorio?

—Ninguna... hasta ahora, claro. La nave es grande y... Dijo el cuarto de radar, ¿verdad?

—Sí, eso mismo.

—Bien, ve al bar y espérame allí. Ahora estará solo ante las pantallas. Mejor ocasión que ésta no se me presentará. Aguárdame aquí, te lo ruego.

La mano de Sofía se posó ansiosamente en su brazo.

—Ten cuidado, querido. No me lo perdonaría si te sucediese algo irreparable.

Algy se echó a reír.

—Es Soares, o como se llame, el que ha de tener cuidado. Espérame donde te dije. No tardaré mucho en volver.

Dio media vuelta y se alejó rápidamente en dirección al cuarto del radar,

situado en la parte inferior de la nave, hacia la proa.

Llegó allí en contados segundos. Escuchó unos momentos, sin percibir otra cosa que el levísimo y monótono rumor de la maquinaria.

Inspiró con fuerza. Luego, decidiéndose, hizo girar el pestillo

CAPÍTULO VI



E momento no percibió otra cosa que la obscuridad. Y silencio.

Sus ojos fueron acostumbrándose a las tinieblas que no eran totales, porque había algo de luz que penetraba por un par de lucernas situadas a ambos lados de la puerta, a la cual había que añadir la que despedían las potentes pantallas del radar en constante funcionamiento.

Tampoco el silencio era absoluto. Además del tenue ronroneo de las máquinas, se percibían levísimos y muy continuos chasquidos del radiotelescopio igualmente en actividad. Pero, en conjunto, la primera impresión que se recibía era de una quietud y tranquilidad extremas y altamente sedativas.

Sin embargo, el joven sabía que allí se encontraba un asesino. O el cómplice de un asesino, porque ahora ya estaba seguro de que los argumentos especificados por la muchacha eran totalmente irrebatibles.

Avanzó un par de pasos en el interior del cuarto, tras haber cerrado la estancia. Inevitablemente, hizo algo de ruido.

Una sombra se irguió a pocos pasos de él, resaltando claramente contra una gran pantalla circular de casi un metro de anchura.

—¿Quién, anda ahí?

—Soy yo, Soares —contestó el joven. Dio dos pasos más.

—Ah, es usted, señor Beashon —exclamó el individuo, y por su forma de hablar, Algy dedujo que lo había asustado momentáneamente, aunque ahora parecía haberse recobrado.

—El mismo, Soares... si es ese su verdadero nombre.

Hubo una cortísima pausa de silencio. Después el individuo habló.

—¿Por qué no había de serlo? ¿Qué le induce a usted a pensar tal cosa? —exclamó el tripulante.

—Simplemente, me han entrado dudas sobre el particular y he venido a confirmarlas. De sus propios labios, naturalmente.

Sonó una breve risita.

—¡Vaya! Uno no puede estar seguro donde hay mujeres. Se lo dijo ella, ¿eh?

—Sí.

—Pensé que no se habría dado cuenta, pero debió de verme por el espejito. Un truco viejo, pero eficaz.

—Justamente, Soares... o como se llame.

—¿Qué más da eso ahora? ¿De veras le interesa mucho, señor Beashon?

—En realidad, no mucho. Más que nada, lo importante para mí es saber qué se ha hecho del legítimo Soares y luego qué excusa han empleado para justificar su falta ante el resto de la tripulación. Pueden engañar a los pasajeros, pero no a los tripulantes.

—Cierto. Si quiere saber lo que fue de él, le diré que fue lanzado al espacio por el vertedero. En cuanto a los tripulantes, están convencidos de que se encuentra en su camarote, afectado de sarampión. Una enfermedad no muy corriente en las personas mayores, pero tampoco extraña.

—Sí que le dura. Lleva ya más de dos semanas encerrado, ¿no?

—Sí. Y seguirá así hasta nuestra primera parada, en que será desembarcado en Júpiter. Mejor dicho, en el satélite de dicho planeta donde hace escala la «Megacosmic».

—¿Ganimedes?

—Usted lo ha dicho, señor Beashon.

El joven meditó rápidamente. Sus sospechas iban confirmándose. La sangre que había visto en las paredes del expulsor procedía del cuerpo del desgraciado Soares. Si se hubiera lanzado por él el cadáver de Munro no habría dejado apenas rastros, porque ya hubiese estado coagulada en sus venas después del fallecimiento. Entonces, ¿qué se había hecho del cuerpo de este último?

—¿Lo arrojaron vivo?

—Si quiere estar tranquilo, le diré que por lo menos no sintió nada. Estaba inconsciente cuando lo lanzamos al expulsor.

El joven se estremeció. ¡Qué muerte tan horrible ser arrojado vivo a aquellas paletas que giraban a varios miles de revoluciones por minuto, capaz de convertir en polvo impalpable un cuerpo humano en ciento veinte segundos! Sentirse desgarrado, troceado, amputado... y todo ello sin poder evitarlo...

El falso Soares pareció adivinarle el pensamiento.

—Tampoco usted sentirá nada, señor Beashon.

El joven se estremeció.

—¡Eh! ¿Qué demonios está diciendo?

—Ya lo oyó. No nos gustan los entrometidos. Y usted es uno de ellos; demasiado listo además —suspiró—. ¡Cuánto lo siento! Verdaderamente se me había hecho usted muy simpático.

—Supongo que no dirá todo eso en serio.

—Hay ciertas cosas con las que jamás se puede bromear, señor Beashon —replicó Soares con voz dura—. Y ésta es una de ellas.

Avanzó hacia él. Algy retrocedió, pero describiendo al mismo tiempo un arco lateral, que le llevó a situarse casi junto a la gran pantalla de radar. La luz de la misma dio de lleno en el rostro del tripulante. Pudo contemplar a su sabor la diabólica expresión que lucía en aquellas facciones en las cuales se advertía claramente el ansia de matar.

—No se atreverá a tanto —exclamó—. La señorita Keagley sabe que usted no es Soares.

—Sí, pero no se preocupe. Ya nos encargaremos de ella también.

—Al menos —dijo el joven tratando desesperadamente de ganar tiempo—, dígame qué hicieron del cuerpo de Munro. ¿También lo lanzaron al espacio por el vertedero?

—¿Qué importa eso ahora? Usted es el que me interesa y, sintiéndolo mucho, habré de convertirlo en polvo. Realmente una lástima, sí, señor —volvió a suspirar aquel canalla, dando otro paso hacia el joven.

Éste retrocedió, pero se detuvo al tocar su espalda con la pantalla.

El falso Soares sonrió perversamente. Alzó sus manos, abriendo y cerrando sus dedos con un gesto lleno de siniestro significado.

Algy se dispuso a defender cara su vida. No cabía ya la menor duda de las malignas intenciones que abrigaba el tripulante. Lanzó su brazo derecho en un golpe que fue detenido fácilmente por el criminal.

Éste se echó a reír.

—¡Pobre pollito! —murmuró, rechazando con tranquilidad el segundo golpe que disparaba el joven.

Contestó a su vez con un derechazo que alcanzó a Algy en el centro de su plexo solar. El joven creyó que lo partía en dos y boqueó agónicamente.

Otro golpe, asestado con el puño tras su oreja, concluyó con su escasa resistencia. Se sintió caer en un pozo hondo, muy hondo, que no tenía fin.

* * *

Despertó más tarde, después de un tiempo cuya duración no supo calcular. La cabeza le dolía horriblemente, sobre todo en el sitio donde había sido golpeado. Oyó al falso Soares hablar con otra persona a la que no supo identificar por la voz.

—No te preocupes —decía el desconocido—. Yo me encargo de la chica.

—Pero no se descuide mucho. Ella sabe que yo no soy Soares. ¿Qué ocurrirá si...?

—¡He dicho que me dejes a mí ese asunto y no te preocupes de más! Ahora, lo que conviene es deshacernos de este entrometido.

Soares preguntó:

—¿Qué hacemos con él?

Sonó una suave y siniestra risita.

—¿Me lo preguntas? Vamos, eres lo suficientemente fuerte como para cargártelo a los hombros.

El tripulante soltó un gruñido que lo mismo podía significar enojo que asentimiento. Luego se sintió izado en vilo y finalmente doblado por el vientre sobre uno de los fuertes hombros de Soares.

Continuó haciéndose el inconsciente. No se atrevió a resistirse, tanto porque en aquel momento se encontraba muy débil físicamente, como por el hecho de que, en tal caso, hubiese tenido que enfrentarse con dos rivales, que no hubiesen vacilado en matarle allí mismo. Y lo que más le interesaba en aquellos momentos era ganar tiempo.

—Yo iré delante —dijo el desconocido—. Aguarda, a que te haga una señal para salir.

Pasaron unos momentos, menos de un minuto, quizá. Luego, los oídos de Algy percibieron un tenue silbido. Entonces notó que el falso Soares echaba a andar.

Abrió los ojos, procurando atisbar algo. Pero no pudo ver más que las piernas del individuo y el suelo. Dejó los brazos y las piernas lacios, como si realmente estuviera desmayado.

Sesenta segundos más tarde, Soares se detuvo. Algy oyó el leve ruidito de una llave al girar en la cerradura.

—Anda —susurró el otro—. Ya puedes entrar. Y date prisa.

—O.K. ¿Me esperará usted aquí?

—Sí, pero date prisa. ¡Pronto, pronto!

Los ojos de Algy captaron el círculo que había en el centro de aquel cuarto. Por allí iba a ser arrojado unos segundos más tarde si no lo evitaba.

Sin molestarse en descargárselo de encima, el tripulante se acercó al cuadro de instrumentos. Tocó un botón y la tapa empezó a girar. Oprimió el otro y al instante se puso en marcha la velocísima maquinaria de la turbina pulverizadora.

Aquel fue el momento elegido por el joven para entrar en acción. Cerrando ambos puños, golpeó con los dos a la vez el bajo vientre del asesino.

Cogido por sorpresa, éste lanzó un agudo grito, al mismo tiempo que, inclinándose instintivamente hacia adelante, arrojaba al joven por encima de su hombro.

Algy rodó por el suelo, dando una voltereta completa sobre sí mismo. Se levantó ágilmente, dispuesto a repeler por cualquier medio los ataques de su contrincante.

El individuo era fuerte y de mayor envergadura que Algy, pese a que éste

no era bajo ni mucho menos. Pero era un tipo avezado a toda clase de luchas físicas y trucos de baja ley. Momentáneamente, al menos, tenía cierta ventaja sobre el joven.

Recobrándose de los golpes recibidos, se arrojó sobre Algy. Éste le recibió, luchando a la desesperada, con un terrible puntapié que alcanzó a su contrincante en un hombro, haciéndolo trastabillar.

Algy se dijo que no debía darle un punto de reposo si quería salir triunfador. Aprovechándose de la sorpresa, volvió a arrojarse sobre Soares, golpeándole cruelmente en los costados con ambos puños.

Las gafas se le cayeron en la lucha y fueron pisoteadas por los pies de ambos antagonistas, sin que ninguno hiciera el menor caso del detalle. Nuevamente consiguió Algy otro tanto a su favor, al conectar su rodilla con el ya castigado vientre del forajido.

Éste se dobló sobre sí mismo, pero su resistencia física era excepcional. Aguantándose con una mano, hizo girar la otra, empalmando una terrible trompada que arrojó al joven a un lado.

La compuerta del vertedero seguía abierta. Algy se vio obligado a dar un gran salto para no caer en la misma. Contempló, en una fugacísima visión de apenas una centésima de segundo, el impresionante espectáculo de las afiladas paletas girando a toda velocidad.

Babeando interjecciones, Soares volvió a arrojársele encima. Algy levantó los brazos para protegerse, pero sus esfuerzos resultaron inútiles. Era fuerte, más resultaba un alfeñique en comparación con aquel individuo.

Su estómago resultó cruelmente golpeado. El aire huyó de sus pulmones y la cabeza amenazó con estallarle. Finalmente, se sintió cogido por los brazos y arrastrado inexorablemente hacia la abertura.

Trató de resistirse, pero todo fue en vano. Sus fuerzas estaban muy disminuidas y resultaba apenas más que una pluma en manos del falso Soares. Se sintió izado en vilo y situado sobre la oscura boca del expulsor.

Pero en aquel momento resonaron fuertemente los megáfonos de a bordo.

—¡Corrección de rumbo! ¡Corrección de rumbo! ¡Agárrense fuertemente al primer asidero que encuentren!

Todavía estaban flotando en la atmósfera los ecos de la voz, cuando la nave se estremeció fuertemente. Su corrección no alcanzaría seguramente a una milésima de grado, pero a la velocidad con que viajaba, los efectos tenían que notarse forzosamente.

La sacudida fue lateral, de babor a estribor, e hizo perder el equilibrio a Soares, el cual se inclinó hacia adelante, despidiendo a Algy. El joven resultó proyectado contra el mamparo en el que se hallaban los instrumentos de control del vertedero. De aquí cayó al suelo, donde quedó tendido, apoyado sobre uno de sus codos.

No pudo ver más que las piernas de Soares agitándose frenéticamente en alto, en tanto que un espeluznante chillido llenaba todo el ámbito del cuarto.

El grito resultó cortado bruscamente y substituido por una serie de horribles ruidos y chasquidos que parecieron producirse dentro de su mismo cerebro.

Por un momento, las piernas continuaron viéndose fuera de la compuerta. Todavía se agitaban, pero esto no era debido ya a la voluntad de Soares, sino a los movimientos rotatorios de las paletas, las cuales acabaron por absorber hasta el último centímetro de piel del asesino. Saltaron unas cuantas gotas de sangre a lo alto y eso fue todo.

Algy inclinó la cabeza, mordiéndose los labios para contener la náusea que le revolvía el estómago. Permaneció todavía unos segundos en la misma postura, a metro y medio de la compuerta, en cuyo interior continuaban girando velocísimamente las cuchillas, terminando de pulverizar los últimos restos del cuerpo del asesino.

Finalmente, hubo de convenir consigo mismo en que debía concluir aquel asunto. Poniéndose en pie, maniobró el mando de cierre.

Cuando la tapa se hubo bajado y encajado en su alveolo, paró la maquinarla de la turbina. Luego apretó el botón que abría la compuerta exterior, cerrándola unos segundos más tarde.

Se sintió flébil y mareado, pero logró mantenerse en pie. Caminando como un beodo, se dirigió hacia la puerta.

Entonces recordó que había otro individuo fuera. Inspiró fuertemente, tratando de hacer acopio de ánimo para una segunda lucha. Luego abrió.

En cierto modo, no le extrañó ver que no había nadie allí. Posiblemente el individuo había escuchado los ruidos de la lucha o bien se había alejado al hacer la nave su corrección de órbita. Esto, de momento, no tenía importancia para él. Ahora lo que le convenía era tranquilizar su revuelto estómago.

Subió la escalerilla, dándose cuenta de una extraña agitación.

La gente, en especial los miembros de la dotación, iban y venían aceleradamente de un lado para otro, gritando y vociferando como energúmenos. Algunos llevaban en brazos un cuerpo humano inconsciente o aullante, pero eran los menos.

Detuvo con el brazo al primer individuo que pasó por su lado.

Algy preguntó:

—¿Qué sucede: amigo?

El otro le miró como si viese a un marciano como los que pintan en las historietas gráficas de anticipación.

—¿De dónde cae, amigo? —dijo abruptamente—. El tripulante de guardia, el diablo se lo lleve, abandonó su puesto. El radar detectó un meteorito, pero él, claro, no estaba allí para avisar con tiempo. Resultado, una corrección de rumbo demasiado súbita y un montón de piernas y brazos rotos. Le aseguro que el médico va a agotar las existencias de yeso. ¡Cristo! en mi vida había visto tantos huesos quebrados.

El hombre se disponía a continuar su camino. Pero entonces, Algy le detuvo por un brazo.

—Un segundo tan sólo, amigo. ¿Cómo se llamaba ese individuo?

—Jones. El capitán le anda buscando como un loco. No quisiera estar en su pellejo por nada del mundo, hermano.

Algy dejó ir al individuo, hondamente preocupado. Se encaminó al bar, en donde encontró a Sofía esperándole ansiosamente.

—¿Dónde has estado? —preguntó ella, apenas le tuvo al alcance de su voz.

—Luego te diré. Cuéntame, ¿qué ha sucedido por aquí?

—Oh, ha sido... Bueno, porque ha habido huesos rotos, de lo contrario, hubiera sido como para morirse de risa. La gente volaba por todas partes que era un contento. Chillaban...

Algy se dio cuenta entonces de que le dolía la espalda. Se llevó la mano a los riñones.

—No me lo digas —refunfuñó—. Yo también he llevado lo mío. ¿Y tú?

—Tuve la suerte de estar junto a la barra. Me agarré a ella y soporté bastante bien las embestidas derivadas de la corrección del rumbo. ¿Qué hiciste mientras tanto?

Algy la miró fijamente, sin pestañear.

—¿De veras quieres saberlo?

—No me ocultes nada, te lo ruego.

El joven le hizo un relato completo de lo sucedido, sin ocultarle nada. Al terminar su narración, Sofía se estremeció.

—¡Que horrible, Dios mío, qué horrible! Pensar que ese hombre quería lanzarte al espacio...

—Convertido en moléculas, no lo olvides, cariño —contestó él, quebrantando por una vez su norma habitual y atizándose un soberbio trago de coñac.

—¿Qué piensas hacer ahora, pues? —inquirió la muchacha.

La mirada del joven se dirigió hacia la lucerna más próxima, a través de la cual se veía el esplendente refulgir de las estrellas.

—Me estoy preguntando —dijo lentamente—, qué es lo que pudo ver Soares para morir asesinado.

—¿Cómo dices? No te entiendo.

—Pues es bien sencillo. Indudablemente, Soares vio algo que a los asesinos no les convenía se hiciese del dominio público. Posiblemente no confiaron en el soborno como elemento silencioso, por lo que le asesinaron. Esto es evidente; Jones me lo confesó. Ahora bien: ¿qué es lo que vio nuestro hombre?

Sofía calló. Algy también. Ninguno de los dos supo dar una respuesta a una pregunta planteada con toda lógica y cuyo mismo planteamiento entrañaba unas soluciones imposibles de hallar por el momento.

CAPÍTULO VII


ESPUÉS de un rato de silencio, durante el cual Algy hizo funcionar a toda presión su cerebro, una chispa luminosa brilló en su imaginación,

Sin aguardar a más, se puso en pie. Sofía le miró alarmada.

—¿Adonde vas?

—A ver a una persona. Tonto de mí, debiera haber ido ya mucho antes.

La muchacha se puso también en pie.

—Iré contigo — dijo —. Después de lo que te ha sucedido, no me atrevo a dejarte solo.

—Gracias. Además, me conviene tu compañía. Sin gafas soy hombre al agua.

—Pues a mí me gustas más así — sonrió ella, cogiéndose mimosamente de su brazo.

—Lo siento, pero si te casas conmigo tendrás que acostumbrarte a verme de la otra, manera. Menos mal que criando viajo llevo un par de repuesto; de lo contrario, me vería en un serio aprieto.

—Bueno, siempre estás a tiempo de recurrir a los servicios de tu lazarillo particular. Y ¿qué quieres que te diga?, aquí, entre el pasaje, hay algunas mujeres muy hermosas. No me conviene mucho que te fijes en ellas.

Algy oprimió suavemente con la suya la mano de la muchacha.

—Sabes que no hay más que una mujer para mí.

—Eres un encanto, cariño murmuró ella, apoyando la cabeza en su hombro.

En el rellano que enlazaba la tercera cubierta con la segunda, en la cual se hallaba la enfermería, se toparon con un individuo, en uno de cuyos pómulos se advertía una cruz de esparadrapo.

—Mal asunto, señor Beashon, mal asunto murmuró Sbagl con su habitual acento lúgubre —. Ya le dije yo que soñar cocodrilos era presagio de mala suerte.

—Todo se debió al descuido de un vigilante, señor Sbagl — contestó el joven con amabilidad.

—Pero estaba escrito que ese descuido debía suceder, ¿verdad? Bien, ustedes dispensen, pero me voy a acostar. He sufrido un fuerte golpe y...

El hombrecillo ascendió renqueando por la escalera, en tanto que de su boca seguían escapándose frases ininteligibles. Un tanto intrigada, Sofía preguntó a Algy qué significaba todo aquello.

El joven se lo aclaró.

—Para mí, que el viaje le ha trastornado aún más de lo que ya lo estaba. Pero, salvo eso, es inofensivo.

Llegaron a la enfermería, donde se encontraron con un médico abrumado de trabajo. Sin embargo, pudo hallar un intervalo entre dos intervenciones, y atendió a Algy cortésmente.

—¿Sarampión? — exclamó el doctor asombrado, como respuesta a la pregunta planteada por el joven —. Es la primera noticia que tengo de ello.

—¿Seguro, doctor? —inquirió Algy con ansiedad.

El galeno pareció ofenderse.

—Salvo una contingencia como esta de hoy, tan sumamente desgraciada, los viajes espaciales están desprovistos prácticamente de toda actividad sanitaria. Tendría que acordarme forzosamente si se hubiera producido un caso como el que usted ha mencionado, señor Beashon.

—Bien — murmuró el joven —, me doy por satisfecho. Le creo a usted. Gracias y dispénseme por la pérdida de tiempo.

—No hay de qué. Buenas tardes.

Salieron fuera. Algy sacó cigarrillos y los dos fumaron silenciosamente durante unos momentos.

—¿Crees que el médico ha sido sincero? — preguntó ella al cabo.

—Sí, indudablemente. No me parece persona que se preste a tales enjuagues.

—Pero entonces... ¿cómo ha podido pasar la tripulación por tal embuste?

—Bien, recuerda que esto del sarampión me lo dijo Jones, lo cual no significa que fuese cierto. Quizá no fue más que un pretexto.

—Pero los demás tripulantes tuvieron que darse cuenta a la fuerza de la falta de Soares. ¿Quieres hacerme creer que ochenta hombres pueden hallarse implicados en un crimen y todos sean capaces de callar como difuntos?

—Tu pregunta es notablemente perturbadora, en efecto. Aquí sucede algo raro. Qué es ello, no lo sé todavía, aunque te aseguro que conseguiré averiguarlo. Precisamente esta noche... — consultó su reloj—, dentro de un par de horas he de sostener una interesante entrevista con un individuo que me ha citado en su camarote.

Sofía preguntó:

—¿Quién, es?

—Un tal Alpert. ¿Le conoces?

Sofía denegó con la cabeza.

—Pues pertenece al consejo directivo del Lloyd’s.

Y está aquí, lo mismo que tu tío, bajo un nombre falso. Se hace llamar Skapfer.

—¿Qué camarote ocupa?

—Ciento seis, tercera cubierta.

—No... no lo recuerdo. Claro que esto no tiene importancia, si tenemos en cuenta de que aquí hay más de trescientos pasajeros. Supongo que me dirás a la noche qué es lo que te ha contado el tal Skapfer.

—Claro. Y ahora...

Pero Algy no pudo continuar. Un miembro de la tripulación pasaba en aquel momento por su lado y la muchacha le llamó la atención.

El hombre saludó respetuosamente.

—Dígame, señorita.

—Verá... —exclamó Sofía —. Quiero hacerle un par de preguntas...

—Estoy por completo a su disposición, señorita. ¿De qué se trata?

Sofía preguntó:

—¿Conocía usted a un tripulante llamado Soares?

—Por cierto que sí — contestó el hombre. Y su rostro adquirió de repente una grave expresión —. ¡Pobre! Era un buen muchacho.

—Sí, claro... ¿Dijo usted era?

El tripulante se llevó la mano a la boca.

—Oh, dispénseme, pero... el capitán nos encargó reserva, absoluta sobre lo que le pasó al pobre chico.

Algy creyó llegado el momento de intervenir.

—Me llamo Beashon y pertenezco al consejo directivo de la compañía armadora de la «Megacosmic». Puede usted hablar con toda tranquilidad, amigo; ninguno de los dos repetiremos los informes que nos dé acerca del desgraciado Soares. Murió, ¡verdad?

—Sí. El pobre andaba un poco desquiciado últimamente... Ya sabe usted señor Beashon; lo que llaman la locura del espacio. Bien, pues un buen día abrió una esclusa y se tiró fuera. Menos mal que, en medio de todo, tuvo 1a precaución de cerrar la compuerta interna; de lo contrario, habríamos pasado un mal rato.

—De modo que se suicidó, ¿eh? — murmuró Algy, mirando significativamente a la muchacha.

—Sí, señor; y el capitán Murfreesboro nos encargó lo guardásemos en secreto. Ya sabe usted; causa mal efecto entre el pasaje un hecho de esta índole y...

El joven depositó en manos del individuo un billete de cinco libras.

—Gracias, amigo...

—Arlessy, señor Beashon.

—Gracias. Arlessy. Le aseguro que sus informes nos han sido muy útiles. Y no se preocupe; nadie sabrá nada por nosotros.

—Gracias a usted, señor. ¡Señorita...!

Cuándo Arlessy se hubo ido, los dos jóvenes se miraron mutuamente.

—Conque suicidio, ¿eh? — dijo Algy entre dientes —. Este Murfreesboro se las sabe todas.

—¡Cómo! —se sobresaltó la muchacha—. ¿Es que piensas que está complicado?

—Está metido en el asunto hasta el cuello — dijo Algy ceñudamente —. Pero yo le haré vomitar cuanto sabe... aunque no en estos momentos. Sería demasiado pronto.

—¿Qué vas a hacer?

Algy la tomó por el brazo.

—Lo primero, ir a nuestras respectivos camarotes y asearnos. Después cenar. Tengo un hambre de lobo, ¿sabes?

— ¿Y más tarde?

—Escucharé la interesante narración que tiene que hacerme el amigo Alpert, alias Skapfer. Después — suspiró—, espero reunir la suficiente cantidad de sueño como para dormir el resto de la noche.

Se separaron por el momento, retirándose a sus respectivos camarotes. Luego cenaron y a la hora señalada, Algy se dirigió en busca de Alpert, tal como habían convenido anteriormente.

Hubo de vencer la obstinada resistencia, de la muchacha, que quería acompañarle a toda costa, más al fin logró quedarse solo. Entonces se dirigió a la tercera cubierta.

Los pasillos y corredores del inmenso navío espacial estaban completamente desiertos. Todo el mundo se había retirado a sus respectivos habitáculos y sólo quedaban algunos trasnochadores en el bar, bastante alejado de aquel lugar y a dos niveles más bajo. La soledad, pues, era absoluta, cosa que no dejó de reconfortar al joven.

Tocó con los nudillos en la puerta marcada con el número 106. Una voz gutural contestó desde dentro.

—¡Adelante!

Algy abrió la puerta, cerrándola a sus espaldas acto seguido. Sonrió.

—¿Cómo está, señor Alpert?

El hombre que estaba a medio desnudar le miró con ojos muy abiertos.

—¿Qué es lo que ha dicho usted, amigo? — Su acento era netamente germano y no podía disimularse en modo alguno.

Algy exclamó:

—Alpert, amigo mío. O si lo prefiere así, le llamaré por su seudónimo: señor Skapfer. ¿Le parece mejor de esta manera?

El rostro del individuo se congestionó hasta el borde del estallido.

—¡Seudónimo! — barbotó —. ¡Skapfer es mi nombre auténtico! ¿Es que se ha vuelto loco, señor mío? —¡Salga inmediatamente de mi camarote, grosero, mal educado! Venir a insultarme a estas horas de la noche...

Algy se desconcertó terriblemente. No obstante, procuró sobreponerse.

—Vamos, vamos, señor Alpert, no se haga el disimulado. Ya sé que el

acondicionador se le estropeó y ha pescado un terrible resfriado, pero eso no es una enfermedad tan grave como para perder la memoria. ¿Es que no se acuerda ya de lo que me ha dicho esta tarde?

Skapfer exclamó:

—¡Acondicionador! ¡Resfriado! ¿Que yo le he hablado antes de cenar? Increíble, jamás hubiera supuesto tanta desfachatez...

Algy empezó a cansarse.

—Señor Alpert — dijo con tono duro —, si usted se ha retractado de lo que me dijo, no es preciso que recurra a tales subterfugios. Es suficiente que manifieste su deseo de no volverme a ver más y yo me iré. Pero entonces le haré saber que me veré obligado a tomar medidas y considerarle sospechoso de andar en connivencia criminal con cierta gente que usted y yo sabemos muy bien.

—Está loco — murmuró Skapfer —, loco de remate, y si no se va de aquí ahora mismo...

El joven miró fijamente a su interlocutor. Empezó a sospechar vagamente si no se trataría de un engaño... Pero no; él había reconocido plenamente a Alpert. ¿Por qué ahora, pues, se negaba éste a aceptar los hechos ya consumados?

Una súbita idea germinó en su mente con la rapidez del relámpago. Obedeciendo a un impulso irreprimible, saltó hacia adelante.

Su mano salió disparada.

Su gesto fue tan rápido que Skapfer no tuvo tiempo de evitarlo. Antes de que pudiera levantar las manos, una de las del joven le asía con fuerza del frondoso bigote.

El germano lanzó un feroz aullido al sentir el violento tirón con el que, al parecer, querían desnudarle de pelo el labio superior,

—¡Donnerwetter! ¡Gott im Himmell (1) — barbotó en su idioma vernáculo.

Algy retrocedió, terriblemente desconcertado.

—Pues no, es auténtico— balbuceó.

Skapfer se puso a vociferar.

—¿Qué se creía usted? ¿Piensa acaso que ando por ahí disfrazado como un «malo» de ópera wagneriana? Ahora mismo voy a llamar al oficial de guardia. Haré que lo encierren por asalto a las personas decentes. ¡Qué ultraje! ¡Tratar de arrancarme el bigote a viva fuerza!

Algy quiso contener aquel alud verbal.

—No, por favor, señor Skapfer... Todo ha sido un error... un terrible terror... Le ruego acepte mis excusas... Le indemnizaré, pagaré lo que me pida, pero, por el amor de Dios, guarde silencio. Me iré ahora mismo...

Retrocediendo a trompicones, tropezó con una silla, y cayó al suelo de espaldas, con los pies por alto. Se puso en pie rápidamente, frotándose con una mano la adolorida cadera.

—¡No diga nada, señor Skapfer... Silencio, por lo que más quiera. Dígame cuándo es su cumpleaños; le enviaré un buen regalo...

Skapfer extendió su dedo índice con majestuoso ademán.

—¡Salga usted de aquí inmediatamente! — exclamó con solemne acento.

—Sí, señor... sí,..

Una vez fuera, Algy se apoyó en la pared, sacó un pañuelo y se abanicó durante unos minutos. Jamás en su vida se había sentido tan sofocado y aturdido.

—¡Dios mío! ¡Vaya planchazo! — exclamó —. Nunca me había sucedido nada igual...

Se incorporó, tratando de serenarse.

—Ese Alpert me ha jugado una mala partida. Pero ¿por qué?

Echó a andar, soliloquiando en voz bajá al mismo tiempo que meneaba la cabeza.

—Esta nave parece que esté embrujada — dijo —. Individuos que tienen sarampión y luego mueren «suicidados»... Otros que no son lo que aparentan y algunos que lo son de verdad... Como esto siga así mucho tiempo, creo que Skapfer terminará por acertar: me volveré loco.

—Así empecé yo — murmuró en aquel momento una voz a su lado.

Algy se volvió, terriblemente sobresaltado.

—¡Eh! ¿Qué hace usted aquí, señor Sbagl?

El hombrecillo meneó con aire fúnebre la cabeza.

—Lo mismo me sucedía a mí... Hablaba y hablaba a solas y así llegué a donde me encuentro... Por eso me hizo aceptar mi esposa este empleo de la «Tritonian»... por huir de mis charlas... ¡Ay, mi Lolita, la luz de mis ojos! ¿Quién cuidará de ti cuando no está yo? ¿Quién?

—Su marido, con toda seguridad. Como sea joven y medianamente guapa, no falla; sé casa antes de los veinte años — contestó Algy con cierta sequedad.

—Ojalá Dios le oiga, señor Beashon. ¿Sabe?, me eché a dormir, pero tuve que levantarme en seguida.

—¿Qué le pasó... se puso malo?

—No, no es eso... Me dormí casi al instante... pero empecé a soñar con libélulas y…

Algy se pasó la mano por los ojos.

—¡Libélulas! —exclamó, no sabiendo si marcharse o acogotar a Sbagl.

—Sí, eso es... y tiene cierta relación con... Un helicóptero parece una gigantesca libélula, ¿verdad? Un enorme «caballito del diablo», batiendo y batiendo sin cesar sus alas... en este caso sus rotores... las hélices... ¡Rrrrr...! ; —hizo con la boca el ruido onomatopéyico correspondiente, en tanto se alejaba—. Libélulas... helicópteros... rotores... hélices...

Algy contempló la marcha de Sbagl con aire conmiserativo. Movió la cabeza, sonriendo para sí, y luego, a su vez, se dispuso, a retirarse a su

camarote, tratando de olvidar el desengaño que le había causado la frustrada entrevista con Alpert.

Pero de repente, sus pies parecieron quedar clavados en el suelo. Una palabra se le había quedado grabada en el cerebro de modo indeleble.

—¡Hélices! —murmuró, terriblemente excitado—. ¡Hélices! ¿Dónde hay aquí unas hélices?

De pronto, soltó una exclamación. Sin dudar un momento, echó a correr como un loco. Y mientras lo hacía, pensó que quizá ya estaba rozando los linderos de la demencia.

* * *

Llevaba ya mucho rato aguardando. Pero estaba dispuesto a pasarse allí las horas muertas hasta que averiguase lo que quería. Los ojos se le cerraban con frecuencia; sin embargo, conseguía mantener los párpados levantados a fuerza de voluntad.

Ni siquiera se atrevía a fumar por no delatar su presencia en aquel obscuro rincón de la sentina de la espacionave. Se había hecho el propósito de permanecer allí al menos hasta que se reanudara la vida cotidiana con la llegada del «nuevo día» y no se movería hasta que percibiese el batintín llamando a los pasajeros para el desayuno. A menos que antes...

Cuando ya desesperaba de que sucediese algo, sintió pasos sigilosos. Se aplastó aún más contra el mamparo, como ni quisiera fundirse con las sombras de aquel lugar.

Dos hombres bajaron, llevando un enorme bulto envuelto en una especio de saco. Gruñían y juraban atrozmente, aunque en voz baja, y claramente se les adivinaba el disgusto que les causaba aquel trabajo.

—Ya veremos en qué para todo esto — decía uno de ellos —La -Megacosmic» está atiborrada de espías por todas partes.

—¡Bah! Cosas de tu imaginación. No hay más que dos: el gomoso de los lentes y la chica del pelo cobrizo. El único que quedaba es éste que llevamos aquí y dentro de nada estará convertido en harina.

—¡Hum! No me fío, no me fío — gruñó el otro —. Te digo que...

—Cierra el pico de una vez — farfulló su compañero —. Abre la puerta, ¿quieres?

El tripulante dejó caer al suelo su parte de saco instantáneamente se oyó una especie de sordo gruñido.

Y entonces fue cuando Algy salió a la luz.

—¡Hola, amigos! ¿Qué es lo que llevan ahí?

CAPÍTULO VIII



I no les importa, me gustaría ver el contenido del saco —añadió Algy, en medio del sopor de aquellos dos individuos.

Uno de ellos, el más timorato, fue el primero en actuar. Dando una rápida media vuelta, giró hacia la escalera, por la que desapareció antes de que el joven pudiera detenerle.

Pero el otro no era tan cobarde. Imprecando ruidosamente, se arrojó sobre Algy.

Éste había recibido ya algunas enseñanzas prácticas en un día tan movido como el que había transcurrido apenas un par de horas antes. Por otra parte, su nuevo enemigo no era tan fuerte como Jones, con lo que las fuerzas estaban más equilibradas.

Disparó con la izquierda y fintó con la derecha, lanzando luego aquélla al estómago de su oponente. El forajido se dobló sobre sí mismo, cosa que Algy aprovechó para enderezarle de un terrible puñetazo que lo arrojó hacia atrás con ímpetu incontenible.

El tripulante retrocedió con los brazos abiertos, cayendo después de un par de pasos. Al hacerlo, su cabeza golpeó con sordo chasquido contra el afilado canto de uno de los peldaños de la escalera.

Una terrible convulsión sacudió el cuerpo del individuo. Luego, todos sus miembros se relajaron laciamente y se desplomó al suelo completamente inmóvil.

Algy se ajustó las gafas.

—¡Caracoles! Sí que le di fuerte —dijo, arrodillándose junto al tripulante.

Una expresión consternada apareció al instante en su rostro.

—¡Lo he matado! —exclamó, aturdido.

Por unos momentos, permaneció quieto en el mismo sitio. Jamás pudo suponer que un día pudiera causar la muerte a un semejante y el hecho le causaba pena y desagrado a un tiempo, a pesar de que lo había hecho en defensa de su integridad.

Unos ruidos que sonaban cerca de él le sacaron de su lúgubre abstracción. Se incorporó y miró hacia el saco que se movía espasmódicamente.

Desató las ligaduras de su boca. El rostro de Alpert apareció, rojo y congestionado. No podía hablar —una ancha tira de esparadrapo le ceñía los labios. Sus pies y sus manos estaban ligados de la misma manera.

Algy desató al consejero. Éste se puso en pie, maldiciendo profusamente, al mismo tiempo que accionaba para recobrarse del envaramiento causado por las ataduras.

—¿Qué le sucedió? —preguntó el joven.

—Me atacaron por sorpresa —gruñó Alpert, a quién por cierto le habían

despojado también del bigote postizo—. No sé más, excepto que me desperté dentro de este maldito saco, atado como una salchicha.

—Ha tenido suerte de que estuviera yo aquí —expresó Algy—. ¿Sabe lo que pretendían hacer con usted esos individuos?

—No, aunque supongo que nada bueno. ¿Usted sí lo sabe?

Algy asintió. Miró el cadáver del tripulante, que continuaba aún al pie de la escalerilla.

—Se lo voy a demostrar enseguida —dijo—. Abra esa puerta.

Alpert accedió y entonces el joven tomó el inmóvil cuerpo del forajido por debajo de los brazos, arrastrándolo hasta el interior del cuarto de expulsor.

Unos momentos más tarde, Alpert salía de allí, con un pañuelo en los labios.

—¡Cristo! Jamás vi cosa tan horrible —declaró, cuando al fin se sintió con fuerzas para hablar.

Algy estaba también muy pálido.

—Lo he lanzado al espacio porque ya no se podía hacer nada por el desdichado y además, cuando los criminales observen su falta, se desconcertarán.

Alpert dijo:

—De todas formas... eso... ha sido un poco fuerte, Beashon, convéngalo conmigo.

—No es ni más ni menos que lo mismo que pretendían hacer con usted... y conmigo ayer tarde —respondió fríamente el joven, consultando su reloj. Luego preguntó—: Ese Skapfer, ¿es amigo suyo?

—Sí; y como somos tan parecidos físicamente, yo ideé lo del bigote postizo para disimular.

—Pues no le ha servido de nada —gruñó el joven—. Esos tipos le calaron bien pronto.

—No tanto —se amoscó Alpert—, porque hasta que no me vieron con usted, ni siquiera sospecharon de mí. Tenga en cuenta que esto me sucedió apenas diez minutos después de separarnos.

—Lo cual indica —murmuró meditabundo el joven—, que nos estuvieron observando.

—¡Diablos! —se sobresaltó Alpert—. Es cierto. Incluso ahora mismo...

Algy agitó una mano.

—No lo creo. El tipo aquel ha tenido tiempo sobrado de avisar a sus compinches y si éstos no han venido es que en un buen rato no lo harán. Ahora, dígame, ¿qué es lo que tenía que contarme?

—Pues, simplemente, que el capitán Murfreesboro está vendido.

—Noticia fresca —exclamó el joven con sorna—. ¿Sólo eso? Él no es el jefe de la banda. ¿Conoce usted a dos tipos llamados Cabrillo y Zeandra?

—Sí, de vista, claro.

—Ésos están aún más altos que Murfreesboro, pero tampoco ninguno de ellos es un pez gordo, comparados con el que deseamos atrapar.

—¿Entonces...?

—Por el momento —le atajó Algy—, lo mejor será que me cuente todo lo que ha podido averiguar. Ya sabe que Munro murió, ¿verdad?

Alpert abrió la boca estúpidamente.

—¡Mun... ro! ¿Cómo lo sabe? Yo creía que había desaparecido, Beashon.

—Pues no, murió. Al menos, según los informes que yo tengo.

—Me deja usted de una pieza.

—Sí, helado, claro. ¿Qué más ha averiguado usted?

Alpert se rascó la cabeza.

—La verdad, yo...

El consejero no pudo continuar. En el mismo momento, él y Algy se sintieron violentamente lanzados a un lado, al mismo tiempo que un terrible estruendo sacudía a la nave de la ojiva de proa a los chorros impulsores.

Durante unos segundos, el enorme navío se estremeció violentamente, amenazando con quebrarse en cualquier momento. Luego, poco a poco, fue aquietándose hasta recobrar su ritmo habitual de marcha.

Entonces empezaron a oírse gritos y alaridos por todas partes.

—Vamos —exclamó el joven—. Algo grave ha sucedido o está a punto de suceder.

Se lanzó por la escalera hacia arriba. Justo en el momento en que ponía el pie en el rellano, un megáfono empezó a bramar sobre su cabeza.

—¡Atención, atención! ¡A todos los pasajeros y tripulantes! ¡Habla el capitán Murfreesboro! La nave ha sufrido un grave accidente y es preciso abandonarla...

Algy no esperó a oír más. Mientras el capitán continuaba impartiendo sus instrucciones a través de la red de altoparlantes, corrió hacia el camarote de la muchacha.

Sofía le recibió, pálida y asustada.

—No te muevas de aquí —le recomendó él—. Voy a mi cuarto y vuelvo enseguida.

—Pero...

La muchacha estaba en bata y camisón. Él le palmeó suavemente una de sus tersas mejillas.

—Estás muy guapa, ¿sabes? y cada día te quiero más.

—¡Algy! Éste no es el momento para...

—Querida, ahora mismo, sin discutir, te vas a poner una de esas encantadoras mallas que tan bien te sientan. No pierdas un minuto; hazlo enseguida. Ten en cuenta que nuestra situación es muy apurada.

—La nave va a estallar.

—Por eso mismo. ¡Aprisa!

Fue a su camarote, hendiendo la marea humana que corría de un sitio para otro, en tanto los altavoces continuaban rugiendo incansablemente. Una vez

allí, buscó en su equipaje hasta extraer dos objetos bastante abultados.

Con ellos en los brazos, regresó junto a Sofía. La muchacha le recibió con notable aprensión.

—¿Qué traes ahí? —preguntó.

—¿Tienes a mano tu burbuja?

—Sí, claro...

—Entonces, guárdate tu curiosidad para más tarde. Ahora, escúchame con atención.

Cuando el joven hubo terminado, ella, protestó con vehemencia.

—¡Pero eso es una locura, Algy!

—No tanto. Se le acerca mucho, pero no llega. Vamos, te ayudaré a ponerte la escafandra.

Los objetos que el joven había traído eran dos escafandras de un nuevo modelo, que podían guardarse en un espacio muy reducido.

—Todavía no se han lanzado al mercado —explicó—, pero se han probado con pleno éxito. Lo que más abulta es el depósito de oxígeno y los cohetes impulsores. Incluso el casco es plegable y se hincha, con la presión del aire interior. Tiene radio, pero no la estilizaremos sino en caso muy extremo —hablaba mientras la ayudaba a colocarse el traje espacial—. Además, iremos unidos por una cuerda, con el fin de que sólo uno de nosotros utilice los impulsores. Así ahorraremos combustible de los chorros y...

Cuando hubieron concluido de equiparse, Algy apagó la luz de la cámara. Acercó su casco al de la muchacha, hablándole por contacto directo.

—Esperaremos a que se hayan ido todos. Entonces saldremos nosotros.

—¿Y si la nave estalla mientras tanto? —Sofía mostrábase muy aprensiva, cosa lógica en aquellas circunstancias.

—Puede que lo haga... y puede que no —repuso el joven—. Esperemos.

Pasó un largo rato, más de media hora, durante la cual la agitación de la nave fue decreciendo hasta cesar totalmente. Entonces, Algy se atrevió a asomarse fuera del camarote.

—Vamos —dijo, tirando de la mano de Sofía—. Creo que ya podemos salir.

Realmente, resultaba deprimente y estremecedor el aspecto de la nave totalmente desierta, con sus puentes y cubiertas brillantemente iluminados, pero sin una sola persona caminando por los corredores. Era un navío muerto, abandonado, totalmente condenado a la destrucción en un plazo brevísimo.

Llegaron a una de las esclusas sin ser obstaculizados en absoluto. Algy apagó las luces del interior de la esclusa y luego accionó los mandos de la compuerta interna.

Un minuto más tarde se hallaban en pleno espacio, flotando suavemente en un medio, totalmente ingrávido, alejándose con relativa lentitud de la nave merced a sus propulsores individuales.

Algy tiró de la cuerda que les unía, atrayendo hacia sí a la muchacha. Juntó los cascos.

—Apagaré tus cohetes —dijo, uniendo la acción a la palabra—. Con los míos basta por el momento.

La «Megacosmic» fue alejándose poco a poco, disminuyendo de tamaño hasta desaparecer totalmente en el espacio.

Estalló diez minutos más tarde.

Algy consultó su reloj.

—Bien —exclamó—, creo que ya es hora de poner en práctica mi idea.

—Por el amor de Dios —exclamó irritada la muchacha—, ¿querrás explicarme de una vez qué es lo que piensas hacer?

El joven no contestó. Sofía le sacudió fuertemente a fin de llamar su atención.

Pero Algy no respondió. Estaba mirando hacia otra parte.

—¡Ca... racoles! —exclamó al cabo—. ¿Ves tú lo mismo que yo, Sofía?

La muchacha miró en la dirección indicada. Inmediatamente, y sin darse cuenta de que se hallaba embutida dentro de una escafandra y en el espacio, se apretujó contra él.

—Algy, tengo miedo —susurró a través de los cascos.

Los dos permanecieron unos momentos en silencio. Frente a ellos, a una distancia imprecisa todavía, algo que flotaba en el vacío ocultaba un trozo de cielo, aumentando de tamaño más todavía, a medida que transcurrían los segundos. Era evidente que se trataba de un pecio o derrelicto[2], cosa bastante grave puesto que se hallaba en el centro de una de las espaciolíneas más concurridas.

—Lo mejor será que vayamos a investigar —dijo Algy, tras fijar en la brújula de su escafandra el punto donde había visto producirse la explosión.

—Algy, yo... —empezó a decir la muchacha, pero no pudo, continuar. La cuerda que los unía se puso tensa y tiró de ella, remolcándola hasta aquel objeto a su pesar.

Poco a poco fueron acercándose. Finalmente, Sofía descubrió, con gran sorpresa por su parte, que se trataba de una nave espacial, al parecer abandonada por su pasaje y dotación.

Fueron rodeando el inmenso casco, largo de más de trescientos metros por unos cincuenta o sesenta de diámetro, hasta encontrar una esclusa de acceso. La franquearon, pasando a su interior.

Algy buscó y halló un interruptor de las luces. Las tinieblas se disiparon en torno suyo.

—Bien —dijo unos momentos más tarde, tras examinar los indicadores de presión y de oxígeno—, creo que podemos desprendernos del casco, cuando menos.

Así lo hizo, ayudando a la muchacha a quitarse el suyo. Sofía, con un movimiento instintivo, se ahuecó los cabellos, mirando en torno suyo.

—¡Algy! ¡Estamos de nuevo en la «Megacosmic»! —exclamó, terriblemente sorprendida.

El joven se echó a reír.

—Lo parece, porque esta nave y la que hemos dejado son idénticas. Pero no la misma, en modo alguno —y después de una corta pausa, añadió—: ¿Qué te parece si jugamos un ratito a exploradores?

Ella le miró con aire de suspicaz.

—¿Qué te propones, Algy? Cualquiera que te mire, a simple vista dirá: «Este tipo es, además de tímido, idiota». Pero a mí no me engañas; tú eres más vivo que...

Algy rió nuevamente, e inclinándose sobre ella la besó suavemente.

—Querida, eres maravillosa. Cuando estemos casados me guardaré muy bien de intentar engañarte tan siquiera.

—Te sacaría los ojos —dijo ella apasionadamente, magnetizándole con la profunda mirada de sus verdosas pupilas.

Permanecieron así unos momentos, contemplándose mutuamente. Luego él, carraspeando ligeramente, dijo:

—Ven, vamos a explorar.

Atravesaron el espacio contiguo a la esclusa, trepando por la primera escalera que encontraron. Vieron la puerta de un camarote abierta de par en par y se metieron en él.

—¡Algy! —exclamó la muchacha, muy sorprendida—. ¡No hay nadie aquí!

El joven asintió.

—Claro. ¿Qué esperabas encontrar, pues?

CAPÍTULO IX



A nave estaba totalmente desierta, sin el menor signo de vida, a excepción de ellos mismos. Llegaron a esta conclusión después de haberla recorrido detenidamente, de arriba abajo, en todos los sentidos.

No obstante, las plantas de fuerza continuaban funcionando, lo cual hacía más evidente el abandono de que había sido objeto la nave.

Esto no dejó de intrigarles y Sofía acosó a preguntas al joven, el cual se negó a contestarlas por el momento, hasta que se hubo convencido de que no había a bordo persona alguna viviente, fuera de ellos mismos.

Al concluir su exploración se dirigieron al puente de mando, sentándose en un par de sillones, bastante fatigados.

Algy preguntó:

—¿Qué detalle más sobresaliente has observado en todo cuanto has visto, cariño?

—Pues... que no hay nadie a bordo —dijo ella.

—Eso salta a la vista. Pero, además, ¿no notaste otra cosa?

—No. Al menos, yo no he sabido advertirlo. ¿De qué se trata? ¿Lo viste tú?

Algy asintió con firme gesto.

—Es bien fácil de notar —replicó—. Habrás visto que los camarotes permanecen tal como fueron dejados por sus ocupantes cuando se vieron obligados a abandonar la nave. Pero ya oíste las instrucciones que nos impartió el capitán Murfreesboro cuando anunció que la «Megacosmic» iba a estallar, ¿verdad?

—Ninguno debía llevar encima más que lo puesto estrictamente. Los tripulantes harían un severo examen de los pasajeros y...

—Esa gente no perdona nada —murmuró Algy, interrumpiéndola—. En cuanto se habla de dinero, se vuelven locos. ¿Te has dado cuenta de que no hemos encontrado ni una joya ni un solo objeto de valor? ¿No te has fijado que todos los equipajes aparecen desventados y su contenido esparcido de cualquier manera?

—¡Algy! ¿Qué es lo que estás tratando de insinuar? —exclamó ella, empezando a comprender.

—Exactamente lo mismo que tú piensas, querida. Algo falló aquí después del saqueo y la nave no estalló.

—Puede hacerlo en cualquier momento —apuntó Sofía temerosamente.

—No, Cuando no estalló al ser abandonada no lo hará ahora. Esta nave es la «Alma Keagley», por si no te has dado cuenta, aquella que se perdió precisamente el mismo día en que resolví emprender la investigación por mi cuenta, después de la discusión que ya te he relatado en la sala de juntas del Lloyd's. Lleva más de un mes así, de modo que por el momento no nos amenaza ningún peligro.

Sofía respiró anchamente.

—Me quitas un peso de encima, Algy, cariño.

—Lo celebro. Y ahora permíteme un momento...

El joven se levantó y durante un buen rato estuvo observando los instrumentos del cuarto de derrota. Hizo unas cuantas operaciones con los mismos, terminado lo cual se volvió hacia la muchacha.

—Mis suposiciones se van convirtiendo en realidad, Sofía.

—Lo celebro infinito. ¿Qué harás ahora?

Algy se llevó una mano a la boca, tratando de contener un bostezo.

—Verás... llevo muchas horas sin dormir... Verdaderamente, las últimas

fueron bastante movidas y me encuentro muy cansado.

—No serás capaz de echarte a dormir ahora, en estas circunstancias, ¿verdad?

—Mucho me temo que sí —sonrió él—. De lo contrario, no podría tenerme en pie cuando lo necesitase. Y en cuanto a ti, te recomiendo hagas lo propio. Después de dormir, tomaremos un bocadillo (la despensa debe estar intacta), y luego continuaremos con nuestro trabajo. ¿Vamos?

Cada uno de los dos eligió su respectivo camarote, situados a corta distancia el uno del otro. Algy ayudó a la muchacha a despojarse de su traje espacial, haciendo él luego lo propio. Buscó una litera, se envolvió en una manta y apagó la luz. No tardó ni diez segundos en quedarse dormido.

Despertó varias horas más tarde, notándose mucho más aliviado. Consultó su reloj e hizo un gesto de satisfacción.

Se aseó y bañó, vistiéndose a continuación. Luego fue en busca de la muchacha, llamando a su puerta.

No recibió la menor contestación. Repitió las llamadas, con idéntico resultado.

Alarmado al observar el silencio, abrió la puerta, observando con espanto que la cámara estaba completamente vacía. Había señales, sí, de que Sofía había estado durmiendo allí, pero en el momento actual no quedaba el menor rastro de la muchacha.

Salió fuera, terriblemente angustiado.

—¡Sofía, Sofía! —llamó.

Su voz retumbó por las cubiertas de la nave abandonada con lúgubres ecos. Repitió la llamada una y otra vez, sin recibir en cada una de ellas otra cosa que el silencio más absoluto.

Permaneció unos momentos en el mismo sitio, vacilante e irresoluto. Pero, de pronto, los megáfonos soltaron un fuerte bramido que le hizo dar un salto de sorpresa.

—¡Atención, atención! ¡La jefe de cocina llama al pasaje! ¡El desayuno está listo! ¡Terminado!

Algy se mordió los labios, al mismo tiempo que se enjugaba con un pañuelo el abundante sudor que le corría por la frente.

—Ahora verá esta...

Unos momentos más tarde los dos jóvenes se hallaban frente a frente.

—Podías haberme avisado —gruñó él—. No puedes imaginarte el susto que me has dado.

Ella sonrió. Estaba encantadora con un delantal sobre la bata que vestía.

—¿De varas, cariñito? ¡Cuánto lo siento! —dijo hipócritamente—. Pero me olvidé... ¿Sabes? Me desperté mucho antes que tú y estuve eligiendo ropas... Aquí hay todas las que se quiera, ¿sabes? Vamos, siéntate o se enfriarán los huevos. ¿Es que se te ha pasado el apetito?

—¡Ni mucho menos —contestó él, obedeciendo—. En estos momentos

creo que sería capaz de comerme el uranio de las pilas atómicas de la nave.

Media hora más tarde se echaba hacia atrás en su silla, palmeándose satisfecho el vientre.

—Sofía, indudablemente eres una chica lista. Me quieres, pero tratas de asegurarme, conquistando mi estómago. ¿Quién te enseñó a guisar?

—Lo aprendí en un curso abreviado por correspondencia —repuso ella con entusiasmo—. ¿De veras te gustó?

—Ha estado magnífico.

La muchacha terminó su última taza de café. Luego apoyó los codos en la mesa y le miró fijamente.

—Algy, ¿qué es lo que vamos a hacer ahora?

El joven meditó unos segundos.

—El hallazgo de la «Alma Keagley» ha confirmado mi teoría —murmuró.

—¿Habrá sucedido lo mismo con la «Megacosmic»?

—Es lo más probable. Pero esto podremos comprobarlo dentro de unos momentos...

En aquel momento la nave se estremeció ligeramente, al mismo tiempo que se oía un sordo choque seguido por una serie de agudos chirridos, que luego fueron espaciándose hasta cesar del todo.

Sofía palideció.

—¡Algy! ¿Qué ha sido eso?

La mano del joven señaló hacia un punto situado cerca de ellos, una amplia lucerna de cuarzo, a través de la cual se veían las estrellas.

—Míralo tú misma —dijo—. Pero hazlo por un lado, procurando asomar la cabeza lo menos posible.

Devorada por la curiosidad, la muchacha se puso en pie, caminando hasta la ventanilla. Miró a través de la misma y luego volvió su rostro hacia el joven.

—¡Algy! ¡Hemos chocado con un asteroide! ¡Es grandísimo! Lo menos medirá dos kilómetros...

—La expresión no es del todo correcta, querida —contestó él calmosamente—. De haber chocado, la «Alma Keagley» estaría ahora completamente destrozada. Simplemente, han coincidido nuestras órbitas, cosa que, por otra parte, ya esperaba hacía rato.

Ya se había puesto en pie en tanto hablaba. Sofía le miró, admirada.

—Algy, cariño, eres una continua fuente de sorpresas. ¿De modo que esperabas el choque con este asteroide?

—En cierto modo, no es así. Suponía que el asteroide no debía de andar muy lejos de nosotros. Precisamente ahora me disponía a detectarlo con los radares, pero puesto que lo tenemos pegado al casco, ya no es necesario.

—¿Desembarcaremos en él?

El joven denegó con la cabeza.

—Por ahora no. Antes al contrario, lo que más nos conviene es escondernos. Y a prisita o se nos hará tarde.

—¿Temes algo?

—¡Ya lo creo! —la cogió por la mano—. Anda, vamos a ponernos las escafandras.

Corrieron a sus camarotes, vistiéndose rápidamente, se calaron los cascos y pusieron en marcha el suministro de oxígeno.

Solía acercó su casco al del joven.

—¿Qué es lo que vamos a hacer ahora?

—Esperar y en silencio —repuso él—. Conectaremos nuestros transmisores de radio, pero no hablarás a menos que te lo indique, ¿estamos? Ten en cuenta que nuestra vida corre gravísimo peligro si alguien se entera que estamos a bordo de la nave.

La muchacha asintió en silencio. Dio media vuelta al interruptor y conectó su radio.

Pasaron los minutos con terrible lentitud, convirtiéndose casi en una hora. Al fin, cuando ya casi desesperaban de que sucediera alguna cosa, los diminutos altavoces de sus receptores vibraron con el sonido de unas voces humanas.

—¡Bien, muchachos —dijo una voz—, distribúyanse y comiencen a trabajar. No olviden que todo ha de estar concluido dentro de una hora exactamente. ¡Aprisa, aprisa!

Algy y Sofía se miraron en silencio. El primero alargó la mano y apagó la luz del camarote.

Las voces de aquellos individuos continuaron llegando a sus oídos por medio de las ondas de radio, merced a las cuales se enteraron de sus menores movimientos. Un rato más tarde alguien lanzó un sonoro juramento.

—¡Jefe, jefe! —gritó el individuo.

—¿Qué te sucede? ¿Por qué gritas de esa manera?

—Mis razones tengo para ello —contestó el otro abruptamente—. ¿Se ha dado cuenta de dónde estamos?

El jefe dijo:

—Pues... en la «Megacosmic», naturalmente.

—¡En la «Megacosmic»! Mire, jefe, no sea tan ingenuo. Ésta no es la «Megacosmic» ni en sueños. Aquí, en la mano, tengo una burbuja de salvamento sin utilizar y su funda dice bien claro «Alma Keagley». ¿Se da cuenta de lo que esto significa?

Algy oprimió la mano de la muchacha a través de los gruesos guantes espaciales. Elia le correspondió en la misma forma.

—¡Maldición! ¿Qué diablos ha pasado entonces? ¿Por qué ha venido a parar aquí este casco abandonado?

—Eso no es cuenta mía, jefe. Lo único que corresponde hacer es averiguar dónde se ha metido la condenada «Megacosmic». Aquí no hay nada que valga

un centavo.

—Está bien, aguardad un momento. Voy a los radares a ver si la localizo.

Pasó un cuarto de hora, durante el cual los dos jóvenes no oyeron otra cosa que los excitados comentarios de aquellos desconocidos, cuyo número evaluaron en una docena, poco más o menos. Luego se escuchó la voz de su jefe.

—Muchachos, ya he situado la «Megacosmic». Vamos a salir inmediatamente en su busca. Nuestros propulsores individuales bastarán para llegar hasta ella. ¡Andando!

—¿Y quién diablos se queda en el pedrusco? —preguntó uno.

—¡Está Jristopopoulos! Con uno es más que suficiente. Los demás vamos inmediatamente a la «Megacosmic». ¡Aprisa, aprisa!

Cuando el silencio reinó de nuevo a bordo de la nave, Algy se atrevió a encender la luz del camarote.

—¡Partida de ladrones! —masculló—. Sofía, ¿te imaginas lo que esos tipos van a hacer ahora?

—Sí —respondió ella. Estaba muy pálida—. ¿Y nosotros?

—Sólo hay un hombre en el asteroide. Vamos a verlo.

—Estará armado —se estremeció la muchacha.

—Posiblemente. Pero no tenemos otro remedio que averiguar lo que hay en ese pedrusco. ¡Vamos!

Se dirigieron a la esclusa, saliendo al espacio. Caminaron por el casco de la nave abandonada, rodeándolo para pasar al asteroide, que se hallaba al otro lado, y pronto estuvieron pisando la rugosa superficie de aquel cuerpo celeste que flotaba en el espacio.

—Ten cuidado en la forma cómo caminas —dijo Algy—. La gravedad aquí es prácticamente nula y para bajar desde un metro de altura tardarían lo menos media hora, sino más. De modo que procura no dar demasiado impulso a tus pasos o saldrás despedida al espacio.

Caminaron cuidadosamente durante un buen rato. La superficie del asteroide era muy irregular y se hallaba surcada por profundas grietas que hacían muy difícil el recorrerlo. Pero al fin pudieran divisar, casi en el extremo opuesto, una especie de prominencia que no era obra, indudablemente, de la naturaleza.

Ya no hablaban apenas y cuando lo hacían era por contacto directo, a través de los cascos. Algy acercó el suyo al de la muchacha.

—Ten cuidado —dijo—; nos estamos acercando ya.

Poco a poco fueron ganando terreno, hasta descubrir que aquella prominencia no era ni más ni menos que un edificio construido en la superficie del propio asteroide. No era muy grande y sólo tenía un piso, pero parecía capaz de albergar cómodamente a medio centenar de personas.

Algy recordó al verlo las estaciones instaladas en otros asteroides similares, dedicadas a observatorios y puestos de radar y transmisiones. La

técnica empleada para su construcción era, aproximadamente, la misma, aunque, con toda evidencia, el fin a que había sido destinado era muy distinto.

Pronto estuvieron ante la compuerta exterior de la esclusa. Llamaron.

La compuerta giró, permitiéndoles el acceso. Desde el interior se estableció la oportuna compensación atmosférica, hecha la cual se abrió la segunda compuerta.

—¿Qué diablos...? —empezó a decir un individuo moreno, cetrino, muy mal encarado, al darse cuenta de que no conocía a los que se le entraban por las puertas de su casa.

Algy no le dejó continuar. Últimamente había adquirido bastante práctica y ello le permitió desmayar al individuo de un solo golpe antes de que éste tuviera tiempo de enterarse de lo que le sucedía.

Con rápidos movimientos, se despojó de la escafandra, ayudando a la muchacha a hacer lo mismo. Después, con la propia camisa del desmayado, le ató fuertemente, amordazándole con los restos.

—Y ahora —exclamó satisfechísimo—, ¡a explorar!

Recorrieron el interior del edificio, cuyo techo, de plástico completamente transparente, estaba sostenido por la misma presión del aire de su interior, al igual que la inmensa mayoría de las construcciones situadas en el vacío. Buscaron puerta por puerta, hasta que al fin dieron con una que era el inicio de una escalera.

—Esto tiene todo el aspecto de un sótano —comentó el joven a media voz, empezando a descender.

Al final había otra puerta, cerrada herméticamente. Resistió a todos los esfuerzos hechos por Algy, hasta que este comprendió que debía desistir de abrirla por medios ordinarios.

—Espérame aquí un momento —dijo resueltamente, lanzándose escaleras arriba antes de que la muchacha pudiera impedírselo.

Regresó diez minutos más tarde. Traía en el cinturón una pistola de aire comprimido y en la mano un tubito de unos diez centímetros de longitud por dos de grueso. Rió satisfecho.

—Ese Jristopopoulos se resistió a hablar —exclamó, en tanto colocaba el cartucho de explosivo al pie de la puerta—. Menos mal que yo poseo unas innatas dotes de persuasión que me hacen desatar las lenguas más reacias... ¡Fuera, la mecha ya arde!

Echaron a correr escaleras arriba, cerrando la segunda puerta. Se parapetaron tras la pared y aguardaron unos momentos.

La explosión sonó estruendosa, haciendo vibrar los muros del edificio. La fuerza de la onda expansiva fue tal, que la puerta se abrió con violencia, dejando escapar por ella una nube de humo.

Algy esperó a que se hubiesen disipado los gases deflagrados. Entonces volvió a descender, seguido por la muchacha.

El estallido había obrado sus efectos. La puerta aparecía arrancada de sus

goznes, dejando ver con toda claridad el interior de la estancia que hasta entonces había mantenido guardada.

Franquearon el umbral. Algy sonrió. Pero Sofía se mostraba completamente atónita.

—¡Dios mío! ¡Esto es la cueva de Alí-Babá!

—Con la diferencia que en vez de blancos corceles, los cuarenta ladrones usan astronaves y trajes de vacío. De todas formas, estos tesoros que ves aquí no son sino una mínima parte de las depredaciones que han cometido en estos últimos años.

CAPÍTULO X



STABAN volando por el espacio, después de haber dejado muy atrás el asteroide y a buen recaudo al único forajido encontrado en el mismo.

Algy había intentado por todos los medios convencer a la muchacha de que se quedase allí, pero Sofía se había negado rotundamente, ante lo cual el joven se había visto obligado a ceder.

—Espero no te portes así cuando estemos casados —masculló él al tiempo de emprender el vuelo.

—Entonces seré una esposa dulce, amante y obediente. Pero ahora, por

nada del mundo me perdería el final de esta aventura.

—Corro el riesgo de quedarme sin esa esposa que posee tan buenas cualidades... según tú —refunfuñó Algy.

—Espero poder demostrártelo cuando el cura nos haya echado las bendiciones. Mientras tanto... luego estaré ocupada con el manejo de la casa y no podré seguirte en tus aventuras. Déjame correr contigo la última.

—De ahora en adelante, mi única aventura consistirá en sortear los escollos del tránsito londinense y las sorpresas de las cotizaciones bursátiles. Lo demás...

Callaron, pues ya avistaban a lo lejos una chispa brillante que en modo alguno podía confundirse con una estrella.

El punto luminoso aumentó de tamaño hasta convertirse en el refulgente casco de una nave.

—Cualquiera hubiera supuesto lo que hacían estos individuos con las naves que atacaban —comentó la muchacha.

—Desde luego, su plan no podría ser más astuto. Pero todos los delincuentes acaban por fallar una u otra vez. Alguna les tenía que tocar a ellos, ¿no crees?

Unos minutos más tarde llegaban a una de las compuertas exteriores. Ésta se abrió por sí sola aun antes de que llegaran a poner en funcionamiento el mando de apertura.

Sofía se asombró. Algy se echó a reír.

—No te extrañe en lo sucesivo de nada que pueda sucedernos. Esos individuos están esperándonos:

—Dice usted bien —exclamó una voz a través de las ondas radiales, que el joven reconoció inmediatamente como la de Murfreesboro—. Les estamos esperando y pueden tener la seguridad de que van a recibir una bienvenida como nunca se la hicieron. Pasen, pasen, por favor.

Apenas hubieron franqueado la segunda compuerta, dos individuos de aspecto patibulario se les acercaron, encañonándoles con sendas pistolas de aire comprimido. Uno de ellos se apropió en el acto de la que el joven había cogido en el asteroide y luego habló por un micrófono situado junto a los mandos de apertura.

—Jefe, ya están aquí —dijo.

—Muy bien, tráelos aquí.

—Conforme —se volvió hacia los prisioneros—. Ya lo oyeron. Andando.

Sofía miró aprensivamente al joven. Éste le oprimió la mano como para infundirle ánimos.

Pasaron junto a un grupo de hombres que estaban arrojando en unos cajones todos los objetos de valor que los pasajeros de la «Megacosmic» se habían visto obligados a abandonar en el momento de lanzarse al espacio. Alguno de ellos dijo algo respecto a la belleza de la muchacha, pero, en general, no les molestaron.

Unos momentos más tarde se hallaban en el comedor de la nave. Sentados en torno a la mesa se veían varios individuos.

Uno de ellos era Murfreesboro. Alpert y Munro figuraban entre los restantes.

—¡Vaya, vaya! —exclamó cínicamente el capitán de la «Megacosmic»—. De modo que por fin hemos pescado a nuestro detective aficionado.

—Eso parece —contestó serenamente el joven, quien, al igual que Sofía, había sido despojado de su escafandra. Miró hacia el individuo que estaba a la derecha del capitán—. ¿Su salud es buena, señor Munro?

—Sí —contestó secamente el otro.

Sofía lanzó una exclamación.

—¿Tú también, tío?

—¡Eso no te importa a ti! —contestó ásperamente el aludido—. Lo único que debieras haber hecho es quedarte en tu casa en lugar de meterte en andanzas que nada pueden beneficiarte.

—Menos te benefician a ti los crímenes que has cometido —replicó la muchacha sin amilanarse—. Me avergüenzo de que mi madre fuese hermana tuya.

—¡Cállate! —gritó Munro exasperado—. Sobrina, eres una descarada.

—Y tú un canalla que...

Murfreesboro golpeó la mesa con el puño.

—¡Basta ya! —exclamó—. Estamos aquí para resolver lo que ha de hacerse con este par de entrometidos, no para asistir a una discusión entre familiares. Alpert, ¿qué opina usted?

—Que los lancen al espacio —contestó el aludido, resoplando fuertemente —. Sin escafandra, por descontado.

—Me opongo a ello. Al menos, en lo que a mi sobrina se refiere —dijo Munro—. En cuanto al otro...

—¡Tío! —gritó la muchacha—. ¿Consentirás que asesinen a Algy?

Munro dijo:

—Es un estorbo. Sabe demasiadas cosas. No puede seguir viviendo.

—Ni ella tampoco —terció Alpert—. También sabe demasiado.

—Yo me encargaré de ella —gruñó Munro—. Les aseguro que no hablará.

—Eso tendremos que discutirlo —manifestó el capitán—. Yo estoy seguro de que sólo los muertos no hablan y no me fío de que ella se calle por muy sobrina, suya que sea, Munro.

El individuo vaciló.

—Bueno, en realidad...

Algy avanzó un paso.

—¿Me permiten unas palabritas? —exclamó, en tanto se limpiaba cuidadosamente las gafas—. No estoy tan seguro de que les convenga asesinarnos.

—¿De veras? —se burló el capitán—. ¿Cree que después de lo sucedido vamos a detenernos por una muerte más o menos?

—Es posible que no —contestó el joven sin alterarse—. Pero también es posible que no tengan tiempo de hacerlo.

Murfreesboro se echó a reír estrepitosamente.

—¡No me diga! Seguro que tenemos a la puerta un pelotón de policías, ¿verdad?

—Pudiera ser —contestó enigmáticamente el joven—. Mientras tanto, les recomiendo no agraven su situación ya más de lo que está.

—Es suficiente —dijo Alpert con sequedad—. Beashon, lo sentimos, pero no podemos dejarles con vida.

Algy volvió su mirada hacia el que acababa de hablar.

—Es posible que nos maten. Sin embargo, no conseguirán con ello evadir el justo castigo que les espera.

—¿Quién se va a enterar de lo que hacemos? ¿Acaso ha escrito una carta que luego ha lanzado al espacio dentro de una botella —se burló el capitán.

—No, pero cometieron un grave error al no asegurarse de la voladura de la «Alma Keagley», pues todos sus aparatos, incluidos los transmisores de radio, están intactos. Puede que no sea un experto, pero sé utilizar un micrófono lo suficiente como para enterar de cuanto sé a la patrulla espacial más cercana.

Las palabras del joven causaron una enorme sensación.

—¡Miente! —chilló Munro, lívido y terriblemente nervioso.

Algy le miró sosegadamente.

—¿Por qué había de hacerlo? Éste es el momento de decir todas las verdades, ¿no? Por lo tanto, no hay un ápice de mentira en mis palabras —meneó la cabeza—. Su truco estaba muy bien estudiado. Ordenaban abandonar la nave, so pretexto de una próxima explosión nuclear. Pero luego lo que se veía no era más que una serie de fuegos de artificio destinados a engañar a los náufragos. Después, naturalmente, venía la parte del saqueo, ya que son todos ustedes tan avaros que no querían perderse ni un solo penique si era posible. Esto fue su perdición, porque cometieron el error de no asegurarse de que la «Alma Keagley» había estallado «por segunda vez», que era la auténtica, cuando ya había sido despojada de todo cuanto de valor habían abandonado los pasajeros. Yo sospeché algo de ello y, con bastante suerte, he de reconocerlo, pude confirmarlo. Y ahora, cuando la «Megacosmic» esté limpia, la harán estallar definitivamente, ¿no es así?

Hubo un momento de silencio después de las precedentes palabras del joven.

Algy, aprovechándose del estupor causado con sus declaraciones, continuó:

—En el asteroide que era su base de operaciones (todos los siniestros ocurrían, más o menos, en este lugar del espacio) hay un tesoro fabuloso en joyas y dinero, procedente de los anteriores saqueos. Pero aun esto es una

parte mínima comparada con las exorbitantes sumas obtenidas como indemnización por las desapariciones de las naves y que ustedes guardan en alguno de los numerosos bancos de la Tierra. Contando con lo que pueda valer la «Megacosmic», sus ganancias ascienden ya a más de veinte millones de libras esterlinas. ¿Me equivoco?

—No. Siga —dijo Munro roncamente.

—¡A la esclusa con él! —aulló el capitán—. No podemos dejarle vivir.

Alpert extendió su mano.

—Dejémosle hablar. Así nos enteramos exactamente de lo que sabe. Continúe, Beashon, por favor.

—No hay mucho más que decir. Prácticamente, todo está resuelto. El amigo Munro se fingió muerto. Hay que reconocer que, a juzgar por lo que he oído, lo hizo muy bien. Engañó a Sofía, pero no así a Soares. Cuando la muchacha lo vio tendido en el suelo, en medio de un lago de sangre, echó a correr sin más. Entonces —calculo—, Soares debió penetrar en la cámara y advertir algo raro... por ejemplo, que un cadáver con el corazón y los pulmones destrozados «seguía respirando». Eso fue su perdición. Y por ello me enviaron luego a un falso Soares... aprovechándose de que yo no conocía al auténtico. De aquí se derivaron luego los posteriores atentados, de los que, afortunadamente, salí ileso.

«Más tarde me encontré con Alpert. Éste se aterró al ver que le había reconocido y quiso atraerme a su camarote, en donde me encontré con su doble, Skapfer, otro miembro de la banda, a quién veo desde aquí. Algo debió de suceder entonces para no hacerme nada... aunque luego fingieron el secuestro con el objeto de atraparme y arrojarme al expulsor. Pero no contaron con el miedo de uno de los tripulantes. Dos, me hubieran vencido, posiblemente. Uno, ya era más difícil... y perdió el otro.

—Muy listo, evidentemente, pero esto no le servirá de nada —dijo Murfreesboro, lívido de rabia.

—Posiblemente. De todas formas, usted se delató muy pronto, capitán, cuando al referirse al pobre Soares, dijo textualmente: «Le haré guardar el secreto a toda costa». Sospeché de usted en aquel momento, aunque preferí esperar. Los hechos me han dado posteriormente la razón.

»Y en cuanto a usted, Alpert, su ingenuidad aún fue mucho más lejos. Cuando yo le dije que Munro había muerto, usted, que oficialmente no sabía de su estancia a bordo, se extrañó terriblemente. Creía que había desaparecido simplemente, como así ocurrió realmente. Y por un momento llegó a suponer que, en efecto, Munro estaba muerto. El falso bigote, sus palabras y el notable parecido físico con Skapfer, destinado a aturdirme, fueron cosas que le delataron tanto como hubiera podido hacer una confesión por escrito de sus crímenes.

—No la conseguirá, Beashon —dijo Alpert, rojo de ira—. No le daremos tiempo para ello.

Algy se encogió de hombros.

—Lo único que siento es irme al otro mundo sin saber por qué el señor Munro fingió su muerte. Por supuesto, creo que la escenografía estaba muy bien montada. Engañó por completo a Sofía.

—Yo le diré por qué lo hizo, Beashon —exclamó en aquel momento una voz.

Todos se volvieron hacia la puerta al oír las precedentes palabras.

—¡Señor Sbagl! —exclamó el joven, estupefacto.

El hombrecillo dio un par de pasos dentro de la estancia... Ahora había perdido su timidez y parecía una persona distinta, seguro de sí mismo y resuelto a todo, según indicaba la pistola que tenía en la mano.

Pero las sorpresas no se habían concluido todavía. Al menos para el joven.

Sofía lanzó una exclamación.

—¡Papá!

—Hola, hija —dijo el extraño individuo—. Señor Beashon, dispénseme las «chifladuras», pero formaban parte de mi plan. Estimo que ya ha llegado la hora de que me conozca bajo mi auténtico nombre y con mi legítima posición. Me llamo Augustus Keagley, inspector jefe de detectives de Scotland Yard. Munro lo sabía y por lo mismo fingió su muerte y desapareció posteriormente, sabiendo, o suponiéndose, que yo me hallaba a bordo de la nave para investigar. Ahora ya lo entiende usted, señor Beashon.

Algy respiró, profundamente aliviado.

—¡Ya lo creo! —exclamó.

Keagley miró desaprobadoramente a Munro.

—Siempre pensé que eras un canalla, pero nunca creí llegaras a tanto. Volverás a Inglaterra y allí te colgarán por el cuello hasta, que mueras. Ése es el castigo que tú y todos tus compinches os merecéis.

Murfreesboro se puso en pie.

—No podrá salirse con la suya, inspector Keagley. Tengo afuera más de doce hombres que...

El capitán calló. Sonó una descarga de tiros.

Keagley sonrió.

—Indudablemente, las armas de fuego son algo anticuadas, pero todavía eficaces. En estos momentos, sus doce secuaces, es decir, el de ellos que quede vivo, está levantando las manos hasta la Osa Mayor. Y usted también, capitán, como igualmente los que le acompañan. Sentiría tener que recurrir a medios extremos... pero los emplearía en caso preciso.

Munro lanzó un rugido de rabia. Loco de ira, cagado por la furia que le invadía, se lanzó sobre Murfreesboro, sorprendiéndole. La pistola del capitán pasó a sus manos.

Keagley no vaciló. Apretó el gatillo un par de veces.

Mientras Munro se desplomaba bajo la mesa, el hombrecillo meneó la cabeza.

—Cuando Scotland Yard ha de recurrir a las armas es que, indudablemente, algo marcha mal en Inglaterra. Caballeros, les ruego se pongan las manos en la nuca, y, colocándose en fila india, salgan de la estancia. Tomen ejemplo de lo que le ha sucedido al señor Munro y no duden que mi mano no temblará en absoluto para disparar de nuevo.

Nadie contestó a las palabras de Keagley. Haciendo estrictamente lo que les decía, los forajidos salieron de la estancia.

Algy y Sofía fueron los últimos en salir.

Había un par de cuerpos tendidos en el suelo, en medio de un lago de sangre. El resto de los piratas estaba vuelto de cara a uno de los mamparos, con las manos en la nuca.

Esto no sorprendió mucho a Algy. Lo que realmente le dejó estupefacto fue ver a Cabrillo y Zeandra teniendo a raya a los forajidos, empuñando cada uno de ellos una pistola ametralladora de reducido tamaño.

Keagley se echó a reír al ver la sorpresa que se pintaba en el rostro del joven.

—Son mis ayudantes —dijo.

—Pero... pero ellos querían comprarme las acciones... El cheque...

—Falso. Lo único que quería era apartar su atención de este asunto. Sir Alfred me comunicó sus intenciones, Beashon. Esto no me gustó. Dispense la franqueza, pero nunca me han gustado los detectives aficionados... aunque en su caso hay que reconocer que lo hizo muy bien. Por ello, Cabrillo y Zeandra trataban de desviar su atención continuamente.

—Y yo que les creí metidos en el ajo.

—Claro que sí. Pero por la parte buena, amiguito. Bien, vamos a encerrar a esta gente hasta que lleguen las patrullas del espacio. Entonces nos dedicaremos a recoger a los náufragos. Una buena labor, indudablemente. Creo que a partir de ahora ya nadie se dedicará a la baratería espacial.

* * *

Más tarde, Algy y Sofía se reunieron en el mirador de la nave. El joven rodeó con sus brazos el talle de la muchacha.

—Me alegro de que todo haya terminado bien —dijo—. Aunque... no comprendo por qué te metiste en el lío.

—Oí hablar a papá con Sir Alfred y pensé que me gustaría ver lo que hacíais los dos. Por eso traté de conseguir el pasaje para Tritón.

—Allí hay un poblado bastante floreciente. Incluso tienen sacerdote —murmuró Algy ensoñadoramente.

—¿Y mi ajuar de París? —exclamó ella.

Algy la miró al fondo de los ojos.

—¿Qué necesitas más para casarte: un vestido de novia... o un marido?

Ella se le oprimió, mimosa.

—Un marido, evidentemente —susurró.

—He soñado con agua —dijo entonces la voz de Keagley.

Algy y Sofía se separaron.

—¿Agua? —exclamó el primero, riendo—. Veamos qué significado da usted a ese sueño.

El inspector se echó a reír también.

—Es bien sencillo. El agua cae de las nubes... quiero decir que llueve... Lluvia... —suspiró profundamente—. Lluvia de nietos para mí —concluyó.

—¡Oh! —exclamó Sofía, poniéndose muy encarnada.



¡LOS HUMANOS ESTAMOS DE ENHORABUENA!

Ahora los robots nos solucionarán todos los trabajos, todas las fatigas, todos los problemas. ..

Pero…

¿QUÉ «PIENSAN» LOS CEREBROS ELECTRÓNICOS DE ESAS MAQUINAS?

¿QUÉ ALUCINANTES PELIGROS PUEDEN ORIGINAR SUS IMPLACABLES MANOS DE ACERO?

Usted lo sabrá cuando lea

ROBOT

¡Ésta es la apasionante novela que el magnífico escritor *PETER DEAN* le prepara para la próxima semana!

ROBOT

ULTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

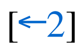
205. — Agente de las estrellas. — *Law Space*.
206. — Inframundo. — *Clark Carrados*.
207. — Quinta dimensión. — *H. S. Thels*.
208. — La hora de la libertad. — *Law Space*.
209. — Humanoides. — *H. S. Thels*.
210. — Jim, de Júpiter. — *Johnny Garland*.
211. — Ciudadano estelar. — *Clark Carrados*
212. — El poder de la mente. — *H. S. Thels*.
213. — El sol puede estallar. — *Roy Silverton*.
214. — La ciudad prohibida. — *H. S. Thels*.
215. — Juego sucio. — *Law Space*.
216. — Marte tuvo pasado. — *Roy Silverton*.
217. — El secreto de Ganimedes. — *Vic Adams.*
218. — Vivisección. — *Law Space*.
219. — Klag, el fabuloso. — *Johnny Garland*.
220. — Duplicata. — *Law Space.*
221. — Asteroide nueve-uno-seis. — *Roy Silverton*.
222. — Una mota de polvo. — *Clark Carrados*.
223. — Los autómatas. — *Johnny Garland*.
224. — Mensaje al Futuro. — *Peter Danger*.
225. — Baratería espacial. — *Clark Carrados*.



Notas

[←1]

«¡Rayos y truenos! ¡Dios del cielo!»



Buque u objeto abandonado